

## RESUMEN HISTÓRICO DE LOS HECHOS PRINCIPALES DEL TENIENTE CORONEL DON JOSÉ ROMEU POR D. ANTONIO SARMIENTO SOTOMAYOR

*Introducción de Pablo Perales Cabrejas*

José Francisco Pelegrín Romeu y Parras, el héroe Romeu o el guerrillero Romeu, nació en Murviedro, hoy Sagunto, y, tras sus actos durante la Guerra de la Independencia o Guerra del Francés, se convirtió en el símbolo valenciano de resistencia y defensa de España al preferir perder su patrimonio y vida a someterse al poder francés invasor.

José Romeu y Parras murió ahorcado el 12 de junio de 1812 en la Plaza del Mercado de Valencia. Sus restos fueron llevados por los cofrades de la Cofradía de la Virgen de los Desamparados hasta el cementerio del Carraixet, cementerio de los ajusticiados en Valencia desde el siglo XIV hasta el XIX<sup>1</sup>, en término de Tavernes Blanques, donde reposan en una fosa común<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Mas información en <https://www.archivalencia.org/cementerio-del-carraixet-eterno-des-canso-para-ajusticiados-y-desamparados/> Consultado el 28/04/2025

<sup>2</sup> Ver: Chabret y Fraga, Antonio. "Sagunto. Su historia y sus monumentos". Tomo I Pp. 457-463 y Tomo II. Pp. 312-328. Barcelona. 1888. [https://es.wikipedia.org/wiki/José\\_Romeu\\_y\\_Parras](https://es.wikipedia.org/wiki/José_Romeu_y_Parras); y <https://gie1808a1814.tripod.com/persones/romeu.html> Consultado el 24/04/2025.

Dice el Cronista Chabret en su obra, ganadora en los Juegos Florales del Rat-Penat celebrados en Valencia el 16 de marzo de 1875 y publicada en 1888, que un amigo de José Romeu “quiso rendirle tributo de admiración recopilando al efecto los datos más interesantes de su vida militar, y fueron publicados recientemente (I). De aquí<sup>3</sup> entresacamos nosotros ligeros apuntes biográficos del héroe saguntino y los unimos á los que posteriormente hemos podido adquirir”. Y añade en su nota I: “(I) Obra en poder de la familia de Romeu un manuscrito que lleva por título: *Resumen histórico de los hechos principales del teniente coronel D. José Romeu*, por D. Antonio Sarmiento y Sotomayor, teniente coronel agregado al estado mayor de la plaza de Valencia, 1824. Extractos de él se publicaron en la *Ilustración Católica*, y D. Juan Bautista Perales, continuador de las Décadas de Escolano, se sirvió de esto datos para la biografía de Romeu que publicó en su tomo III de la *Historia de Valencia*. No nos es posible insertar los documentos justificativos de que se valió Sotomayor para escribir la vida del héroe saguntino, y aun está manca en el año 1809, por las vicisitudes que pasó su autor en los sucesos políticos del año 1823”.

Del 12 de mayo al 30 de junio de 1878, en los números del 41 al 48 de “La ilustración católica” apareció publicado “Un héroe de la independencia. Resumen histórico de los hechos principales del teniente coronel Don José Romeu”, opúsculo de Antonio Sarmiento Sotomayor dedicado a José Francisco Pelegrín Romeu y Parras (Sagunto, 1778–Valencia, 1812), héroe saguntino, guerrillero y comandante de los Batallones de Milicia Urbana de Murviedro durante la Guerra de la Independencia española.

“La ilustración católica” fue una revista cultural española impresa en Madrid entre 1877 y, al menos, 1897. En sus primeros años fue un semanario, aunque en julio de 1882 pasó a publicarse cada 10 días, y en su última etapa mensualmente. En la etapa que nos ocupa se definía como “semanario religioso, científico, artístico y literario” y estaba dirigido por el impresor José Amalio Muñoz que, además de director, era el gerente y propietario, aunque parece ser que era un testaferro. Tenía además un director religioso, Francisco Javier Caminero Muñoz<sup>4</sup>, y un director literario, Valentín Gómez Gómez<sup>5</sup>.

---

<sup>3</sup> Chabret debió modificar su obra original ganadora en 1875 al publicarla en 1888, ya que el primer número de “La ilustración católica” apareció en 1877 por lo que las referencias a la revista deben de ser posteriores.

<sup>4</sup> Presbítero, y después obispo de León. Teólogo, académico de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, y miembro de Acción Católica. Consultado el 18/04/25. [https://es.wikipedia.org/wiki/Francisco\\_Javier\\_Caminero\\_y\\_Muñoz](https://es.wikipedia.org/wiki/Francisco_Javier_Caminero_y_Muñoz).

<sup>5</sup> Escritor, periodista y político de filiación carlista. Fundador de Acción Católica, también

Antonio Sarmiento Sotomayor fue secretario, desde el 26 de mayo de 1808, y teniente coronel agregado al Estado Mayor de la ciudad de Valencia (Junta de guerra de Valencia) y mayor general del ejército de milicias del Reino de Valencia. Según E. Rodríguez Solís, fue testigo de vista del juicio a Romeu y amigo suyo<sup>6</sup>.

En la primera nota original de la publicación se indica que es la propia familia de Romeu quien proporciona el manuscrito. Posteriormente Enrique Rodríguez Solís utiliza el mismo manuscrito, también proporcionado por la familia de Romeu, en este caso su nieta María<sup>7</sup>, para la realización de su obra “Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia” de 1887, con una segunda edición corregida y ampliada de 1895.

No hay noticias de Romeu en el manuscrito desde el 22/03/1810 hasta la toma de Valencia de 1812. Valencia capitularía el 9 de enero de 1812 tras 4 días de asedio, haciendo su entrada Suchet como gobernador de la ciudad el 14 de enero.

En la obra de Enrique Rodríguez Solís se indica al respecto la nota siguiente: “Para llenar la gran laguna que se nota en la vida de Romeu desde su salida de Madrid, herido en el mes de Diciembre de 1809, hasta la toma de Valencia a principios de 1812, nos hemos dirigido al digno alcalde de Sagunto, su patria, D. Francisco Marco, y al cronista de la misma ciudad, el ilustrado escritor D. Antonio Chobret (sic). Por desgracia, nuestras esperanzas han resultado fallidas, porque, según dichos señores, cuyas atenciones nunca agradeceremos bastante, en los documentos que la nieta de Romeu, D.<sup>a</sup> María, facilitó para escribir su biografía, faltaban unos cuantos pliegos en el manuscrito de Sarmiento que religiosamente conserva la familia.–N. del A.”.

Lo cierto es que Rodríguez Solís se equivoca en la fecha de la toma de Madrid por Napoleón, que es en diciembre de 1808 y no en diciembre de 1809, pero tampoco recoge las acciones de 1809 y 1810 de Morella, sur de Teruel y primer sitio de Valencia. Antonio Chabret sí que recoge estas acciones

---

militó en Comunión Católico-Monárquica y el Partido Conservador. Gobernador civil de Almería, Burgos y La Coruña, fue miembro de la RAE. [https://es.wikipedia.org/wiki/Valentín\\_Gómez\\_Gómez](https://es.wikipedia.org/wiki/Valentín_Gómez_Gómez). Consultado el 18/04/25.

<sup>6</sup> Rodríguez Solís, Enrique. “Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia”. Barcelona. 1895. Tomo II. P. 313. Nota 1.

<sup>7</sup> Ver nota anterior.

en el capítulo dedicado a Romeu en el tomo II, pp. 312-328. También recoge resumidamente la acción de Romeu en Ribarroja de la siguiente manera: “En esta ocasión desempeño Romeu varias arriesgadísimas operaciones en las fronteras del reino y mereció los plácemes del capitán general Blak (por Blake) por su brillante defensa del puente de Ribarroja, en la célebre cuanto desgraciada batalla de Puzol, librada el 25 de Octubre de 1811”.

A continuación, se transcribe la obra tal y como fue publicada. No se han corregido los errores gramaticales, a excepción de los acentos donde se sigue la acentuación actual.

Las notas a pie de página a partir de aquí son las notas de la publicación original.

## UN HEROE DE LA INDEPENDENCIA<sup>8</sup>

### RESUMEN HISTÓRICO DE LOS HECHOS PRINCIPALES DEL TENIENTE CORONEL DON JOSÉ ROMEU POR D. ANTONIO SARMIENTO SOTOMAYOR

Teniente coronel agregado al estado mayor de la plaza de Valencia y Mayor general que fue del ejército de milicias del mismo reino, etc.—  
(La escribió en 1824.)

#### PRÓLOGO

Concluida la guerra de la Independencia, y entregado al ocio de mi retiro, me propuse escribir la historia del ilustre valenciano D. José Romeu, bien conocido en la Península por los relevantes servicios que, durante aquella horrorosa lucha, prestó a su legítimo Rey y Patria, y por el heroísmo con que, despreciando halagos y promesas de los enemigos, prefirió gustoso la muerte en horca a reconocer por Rey suyo al intruso. A fuerza de trabajo y tiempo reuní abundantes y excelentes materiales, para formar, no lo que comúnmente llamamos historia, sino una obra compuesta de documentos que en debida forma justificaban cada uno de los numerosos hechos de aquel héroe, digno en verdad de memoria eterna. Mas, cuando casi del todo la tenía acabada, ocurrieron las variaciones políticas del 7 de marzo de 1820; y precisado a ocultar varios de mis papeles, la sepulté entre ellos, mediante a que por mis dolencias habituales no me era dado concluirla. Recobrada algún tanto mi salud, y deseando vivamente finalizar aquella obra, no encontré más que inútiles retazos de la mayor parte de los papeles escondidos: y con harto dolor mío vi, no sólo anulados mis desvelos, sino también cuán imposible era dedicarme de nuevo a escribirla, ya en consideración a mi achacosa ancianidad, ya por no existir muchos

---

<sup>8</sup> Este relato histórico de uno de los hechos gloriosísimos de la guerra de la Independencia en 1808, nos lo ha proporcionado la misma familia del héroe que sacrificó su vida por no ser traidor a su patria.

La singularidad de haberse escrito esta historia biográfica en el año do 1824, por quien tomó parte en aquellos grandes sucesos, y la de no haberse publicado nunca, nos mueve a darla a conocer a nuestros lectores, en la confianza de que ha de interesarles la relación de un episodio tan glorioso, y la misma forma en que está escrito, que tanto se diferencia del estilo corriente en nuestro tiempo, a pesar de pertenecer al mismo siglo.

sujetos que presenciaron los hechos admirables de Romeu, y de quienes yo adquirí documentos fehacientes, y cuyos asertos eran en gran manera recomendables por su elevado rango y por todas sus particulares circunstancias; y ya, en fin, por haberse también inutilizado del todo algunos preciosos e interesantísimos escritos de letra del mismo Romeu, que es la pérdida más sensible a mi corazón. Así deshechos mis trabajos, desistí finalmente de mi malograda empresa.

Trascurridos algunos años, reflexioné sobre los deseos que un escritor moderno manifiesta (a)<sup>9</sup> «de que los amantes de las glorias de la Nación Española formaran relaciones exactas e imparciales, ajustadas a los sucesos ocurridos en cada pueblo, por ser este el medio más a propósito para escribir con acierto y brevedad la historia de nuestra revolución contra el Tirano Napoleón Buonaparte... debiendo ser el noble objeto que con preferencia ocupase dignamente sus plumas la historia de los bizarros Militares que por su invencible firmeza y su inalterable adhesión a la sagrada causa del Rey y de la Patria se distinguieron con hechos señalados en su memorable y heroica defensa»; y por muchas razones, que omito, me consideré desde entonces en la obligación de escribir este tratado, que no es otra cosa más que un resumen de los hechos principales del Teniente-Coronel D. José Romeu, a fin, de que sirvan de materiales para formar su historia.

Si la exactitud y la fidelidad son la esencia de esta clase de escritos; en el presente resaltan ambas cualidades, ora por referirse los hechos como sucedieron, ora por estar fundados en datos que, además de públicos, son completamente auténticos.

A la severidad, pues, de estas leyes he sacrificado con gusto la reticencia de varios hechos muy principales unos, y otros subalternos, y también de muchos pormenores de grande consideración, sólo por faltarles aquella autenticidad legal

que he resuelto tengan mis narraciones, no obstante de ser notorios y de constarme su certeza, ya como Secretario que fui de esta Capitanía General y ya como Mayor General de los Cuerpos de Milicias honradas de este Reino en aquella época tan gloriosa para nuestra amada Patria: reticencia sensible, originada de las causas que al principio indiqué.

---

9 (N.O.) (a) Carnicero, en sus Memorias para la historia militar de la guerra de la revolución española.

No encontrarán, pues, mis lectores en estos anales aquellos adornos, aquellas flores que forman la hinchazón y ridícula pompa del estilo, con que la vanidad caduca de algunos semisabios, y su interés en engañar, visten la mentira para que reluzca con la hermosura y el esplendor que son el ornamento de la santa verdad: la narración de estos hechos y de estos padecimientos no pide ornatos, y desecha esos frívolos atavíos. Una narración sencilla del heroísmo de Romeu y de las aflicciones de su desventurada familia, digna por todos títulos de otra mejor suerte, arrancará lágrimas a las almas sensibles y generosas; y su nombre solo basta para trasmitir a las generaciones venideras la memoria de un patriota por excelencia, sin que la parcialidad, sin que la exageración tome la más pequeña parte para eternizar sus glorias, y el honor y el acatamiento, que la gratitud más justa inspira hacia esta familia con solo reflexionar su desgracia. Por lo mismo, todo en esta relación histórica será consagrado a la verdad y a la virtud.

## I

España, objeto constante de la ambición, de los extranjeros, casi nunca vio pasar un siglo que no la dejara empapada en su sangre y lágrimas. Por el abuso que siempre se hizo de su candor, el Fenicio, el Cartaginés, el Romano, el Suevo, el Vándalo, el Godo y el Sarraceno, la esclavizaron; y en nuestros días fue también presa de Napoleón Buonaparte, de cuyas garras no hubiera ciertamente escapado, si la lealtad de sus hijos no la salvara con aquellas hazañas de valor, de constancia y de sufrimiento que admiraron asombradas todas las naciones.

No contento éste mortal feroz con verse sublimado a la suprema dignidad de Emperador de Francia, ni con la cosecha de coronas que de Europa había cogido, lanzó una mirada ambiciosa sobre la incauta España; y un conjunto insigne de causas, preparadas de antemano con el designio de usurparle el trono, allanaron los caminos de la invasión a principios del presente siglo (año de 1808). Derramó por nuestro territorio ejércitos numerosos; arrancó de Madrid al Rey Fernando en 10 de abril; lo condujo a Francia el General Sabary, su emisario extraordinario; lo despojó en Bayona de su corona y de sus derechos, y lo encerró como a un criminal en Valencey.

El gran ruido de estas violencias despertó finalmente a España del sueño de su funesta simplicidad. Abre los ojos, las contempla atónita, y se enciende su indignación. Se levanta, mira a todos lados, reconoce la muchedumbre de sus enemigos; y al ver que ya tremolaban las águilas francesas en muchos de sus baluartes, juró en la exaltación de su furor guerra sin fin

al tirano; y dando aquel rugido espantoso que inmortalizó a Daoiz y Velarde en el sangriento Dos de Mayo, dispuso los ánimos de las provincias a imitar tan noble ejemplo para sacudir el yugo de la opresión extranjera.

Bramó Valencia al oír tan horrendos atentados; y aunque reflexionó sobre la situación tristísima en que todo se encontraba, y que, sin Rey, sin tropas, sin fortalezas, sin tesoros, parecía aconsejarle la razón y la necesidad sucumbir al invasor, lejos de aterrarse con estas consideraciones, resolvió buscar en la lealtad y generosidad de sus hijos y en su valor, todos los recursos que le faltaban para llevar adelante aquel feliz principio. Inmediatamente se erigió en gobierno, se constituyó en ejército, y declaró soldados a todos los habitantes de la provincia.

Cuando estas cosas pasaban, D. José Romeu y Parras, hijodalgo, rico hacendado, nacido y domiciliado en Murviedro, vivía pacífico entre las dulzuras del matrimonio que celebró con doña María Correa y Navarro, natural de la ciudad de San Roque; de cuyo santo enlace habían procreado a D. José y doña Ana Matilde, que entonces contaban cuatro años el primero, y diez y siete meses la segunda. Contentos con su suerte, y felicísimos con su mutuo amor, sus tiernos y amables niños eran todas sus delicias. Mas aquella felicidad doméstica fue por estos acaecimientos interrumpida, y desapareció al compás de las funestas borrascas que iban ocurriendo, las cuales al fin hundieron a esta benemérita familia en el abismo del dolor.

A Romeu, pues, cuya figura salió hermosa de las manos de la naturaleza, y cuyo carácter noble, franco y generoso dejaba ver en sus costumbres el decoro y la probidad que le hacían sumamente recomendable, había cabido en suerte aquella fuerza de alma, que, lejos de ceder a la resistencia, continúa con intrépido valor las empresas justas, a pesar de todo esfuerzo contrario, y que empeña hasta el punto de derramar su sangre cuando la Religión, el Rey y la Patria la reclaman para su defensa, en una palabra, Romeu estaba dotado de todas las bellas cualidades del espíritu; y del corazón que constituyen a un hombre de mérito, útil a la sociedad.

Por el manifiesto que, con fecha 25 de Mayo, circuló la Junta general de gobierno a todas las Justicias de la Provincia, enterándolas de las causas que habían motivado su erección, y que con el noble objeto de defender al Rey Fernando, violentamente oprimido en Valencey, había resuelto que inmediatamente se practicara el alistamiento general desde los 16 a 40 años, conoció Romeu que era llegado el caso de cooperar a una empresa tan justa y digna de la heroicidad de Valencia. «Este es el momento, decía, en que debemos acreditar que el amor de la Patria anima nuestros

corazones; y sin dar entrada a dudas suscitadas por la cobardía o por el egoísmo, no sólo desamparemos, si menester fuere, a nuestras familias, sino sacrificuémoslo todo hasta vencer o morir. Obrar de otra manera, sería desatender el orden establecido por la Divinidad, que grabó en nuestra alma este amor de preferencia hacia nuestra Patria; sería testificar nuestra ingratitud al mejor de los Reyes que está cautivo: sería delatarnos al mundo por hijos indignos de la inmortal Sagunto.» Con iguales, y aún más sentidas razones despertaba a unos del sueño de la ignorancia en que profundamente dormían; alentaba la pusilanimidad de otros, y puso en movimiento los ánimos de todos los saguntinos para auxiliar tan sagrada causa.

Ya se advirtió en Romeu desde entonces la nueva existencia que habían dado a su espíritu aquellos sucesos; y que el bien de la patria era en todo su única guía. Abrió sus manos, y dio cuanto pudo para la manutención del Ejército Provincial, luego que la Junta Suprema hizo saber en 29 de Mayo y 1.º de Junio, quo se admitirían con gusto las ofertas espontáneas y gratuitas, así en dinero como en granos, efectos, ganados, caballos, y cualquiera otra cosa que condujera a este fin; pero Romeu, que no carecía de una idea exacta de lo bello, de lo grande, de lo sublime en las acciones humanas, lejos de querer que se aplaudieran, o que se publicasen sus sacrificios, para adquirir por esto medio aquella reputación de vanagloria por que tanto anhelan los genios presuntuosos, los ocultaba, y hasta quisiera apartarlos del conocimiento de todos; pues sus desvelos y sus afanes se reducían a ser útil, a aprovechar y valer a su afligida patria. ¡Rasgos sublimes de modestia, digna de universal admiración! ¡Oh! cuantos motivos tiene deslucidos la gloria vana de haberlos hecho! ¡Oh! cuantos se convirtieron en despreciables servicios, por la vileza con que posteriormente se prosternaron a los pies del opresor muchos de aquellos que poco antes aspiraban diligentes a ser tenidos por patriotas con solo aparecer inscritos en una lista de suscripción!

Altamente irritó al invasor la alarma general de los valencianos, y destacó a Moncey para atajar los progresos hostiles de una provincia que acababa de jurar sepultarse bajo de sus ruinas antes, que recibir su yugo. Apenas se había publicado la sesión de 26 de Mayo, en que, para levantar ejércitos, creó la Junta Suprema de gobierno una de guerra (de la que fui nombrado Secretario); y la elección que lo día 27 del mismo había hecho del Excmo. Sr. D. José Caro para jefe de las fuerzas que debían ocupar las avenidas del camino de Madrid; cuando Moncey, al frente de sus tropas, forzó el punto de las Cabrillas, y con pasos de gigante se acercó a Valencia. De tan infausta noticia fue sabedor el ayuntamiento de Murviedro; y obedeciendo lo que se le previno, inmediatamente convocó los habitantes de los pueblos

comarcanos. Reunidos unos dos mil y ochocientos hombres armados, trató de elegir un caudillo a cuyas órdenes marcharan a defender la capital; y por aclamación de estos, y con sumo placer de aquella corporación, fue Romeu nombrado por su comandante. Un viva general resonó por todas partes; y aquellos venerables muros, testigos en otro tiempo de las hazañas gloriosas ejecutadas en su recinto, con ecos sublimes repitieron este mismo viva, por anticiparse, digámoslo así, a celebrar a su modo el heroísmo con que un día había de inmortalizar Romeu su inmaculado amor a la Religión, al Rey y a la Patria. Y saliendo Romeu de entre las filas, «Volemos, dijo, hijos de Sagunto! volemos al campo del honor. Preso nuestro Rey, vilmente hollada nuestra patria, juremos no doblar jamás la cerviz al yugo afrentoso de esos advenedizos engañadores, que, so color de amistad, pretenden tirarnos. Vencer o morir, sea el juramento irrevocable de la División Saguntina;» y poniéndose a su cabeza, la condujo a los puntos que acordó el ayuntamiento, en consecuencia de las instrucciones que se le habían remitido.

Dos días solamente se había trabajado para poner la capital en estado de defensa. En tan corto espacio, ¿qué pudo prepararse, en qué pudo restablecerse de sus murallas, para hacer frente al ejército aguerrido cuya artillería se aproximaba por momentos, para desmoronarlas con sus terribles descargas? Los pechos de sus hijos, prontos a derramar su sangre primero que ver la ignominia de su patria, fueron los baluartes contra que asestó sus tiros el furioso Moncey, que rompió el fuego a las diez y media de la mañana del 28 de Junio, sin cesar hasta las siete de la tarde. Pero Valencia se sostuvo con valor extraordinario; y Moncey salió escarmentado y cubierto de aquella confusión que le hizo conocer la impotencia de su coraje, y que sus pasadas glorias quedaban para siempre marchitas en las puertas de Valencia; y anulados sus planes, y derrotado, y perdida una gran parte de sus tropas, y viendo que iban a caer sobre él gruesas divisiones de los patriotas de toda la provincia, se retiró despavorido la mañana siguiente; y con tal aturdimiento, que anduvo errante, sin saber las sendas que debía tomar para salvarse. La precipitación con que huyó Moncey, hizo, en cierto modo, exclusivo el triunfo de esta jornada memorable a los valientes de la capital; y aceleró el regreso de Romeu a Murviedro con la satisfacción de haber cooperado, en cuanto fue posible, a la vergonzosa fuga de los que hasta entonces osaran titularse invencibles; y con el gozo de haber llenado completamente todos sus deberes, de lo que existen pruebas irrefragables en las actas de aquel Ayuntamiento.

La intentona de Moncey contra Valencia redobló, si así puede decirse, la actividad, de la Suprema Junta de gobierno. A la división del Sr. Conde de Romré reunió la del ejército del Ebro: envió tropas sobre Almansa

y sus cercanías a las órdenes del Sr. Conde de Cervellón; y a su vigilancia se debió, en fin, que al aproximarse a los enemigos el ejército valenciano que mandaba el Mariscal de Campo D. Felipe Saint-Marcg, levantasen el sitio de Zaragoza, a quien durante dos meses habían cruelmente afligido, como lo comprueba el oficio de este jefe, publicado por mandato de la misma Junta el día 18 del mes de Agosto. En una palabra, Valencia se ostentaba ufana desplegando en todas direcciones el valor guerrero de sus hijos contra el ejército francés, y enchida de gloria se congratulara consigo misma, si ciertos desdichados, que no quieren reconocer otro dueño ni señor que su voluntad, ni otra guía que su furor, ni más patria que sus vicios, no se hubieran entregado a toda clase de excesos; y sí alterando la quietud pública en todos los pueblos de la provincia, no hubieran obligado a la Suprema Junta a adoptar las severas, pero prudentes medidas que ordenó se ejecutasen en todas las cabezas de partido, con arreglo a lo que había resuelto en 28 de Junio.

En esta dolorosa crisis dio Romeu pruebas muy singulares de que el amor a la Patria, la lealtad al Rey, y la conservación inviolable de la Religión eran su carácter distintivo; y aun entre los papeles del gobierno de aquellos tiempos, si todavía se conservan, debe existir una gran parte de comprobantes de las comisiones arduas y reservadas que, a sus propias expensas, y con su acostumbrado celo desempeñó; con las cuales se vio precisado S. E. a distraerle de sus propios negocios, ya por el noble rango que ocupaba, y ya por reunir otras prendas en todo sentido recomendables, y absolutamente precisas para el buen éxito del fin patriótico a que iban dirigidas.

No miró Romeu la correría de Moncey sobre esta provincia bajo aquel aspecto, ni con los ojos con que muchos hombres suelen de ordinario ver las cosas. En vez de parar su atención en la grandeza exterior de los sucesos que entretienen a la muchedumbre con necios y vanos pensamientos, descendió dentro de sí mismo y se entregó a juiciosas reflexiones. Consideró la situación de la infeliz España, y la comparó con el poder colosal del invasor; y eslabonando una cadena de juicios sobre una y otro, conoció que eran indispensables esfuerzos de segundo orden para dar a la patria días de gloria, abatiendo el orgullo tiránico del Corso que intentaba subyugarla. Pero como sabía por la historia que la nación que quiere ser independiente lo es, si persevera constante en su resolución, no titubeó en concluir que tarde o temprano obtendría España su heroico fin, mediante a que todas las demás provincias no tardarían en imitar el noble ejemplo de entusiasmo con que se pronunció la de Valencia. Estas reflexiones le elevaron hasta el punto de adelantar, o por decirlo así, de anticiparse a los sucesos por medio de la previsión, poniendo delante de sus ojos todos

los casos que podrían acontecerle; y aunque la Junta Suprema de Gobierno había declarado en 4 de Junio «que los casados no saldrían por entonces de sus pueblos», no por eso dejó de dedicarse al manejo de las armas, y para instruirse completamente en todos los ramos de la carrera militar, se le vio abandonarse a su estudio, bajo la dirección de un jefe hábil, hasta que se perfeccionó en aquellos conocimientos.

De esta conducta de Romeu se deduce que estaba altamente convencido de que la patria es un cuerpo que necesita de todos sus miembros; que a su bien deben dirigirse nuestros talentos y nuestros desvelos; que, alistado en las filas de sus defensores, era ya reputado por un militar, cuyas acciones sólo debían emplearse en lo que más pudiera convenir para su defensa; y que siendo la táctica el móvil de las victorias, su estudio era la mejor ocupación a que debía dedicarse; como así lo hizo con admirable constancia y aprovechamiento, a pesar de la multitud de asuntos que diariamente llamaban su atención.

Como gozaba esta provincia a fines de Setiembre de aquella tranquilidad consiguiente a la lejanía de los ejércitos franceses, resolvió Romeu pasar a Madrid, donde estaban las oficinas de la Suprema Junta Central, en las cuales tenía pendientes varios asuntos que en gran manera le interesaban. La vista de aquel heroico pueblo renovó en su alma las tristes memorias del 2 de Mayo, y a cada instante la dejaban herida de dolor. «Si voy por la calle, decía Romeu a sus amigos<sup>10</sup>, si voy por la calle, me parece ver a mi lado a aquellos patriotas, primeros proclamadores de la independencia española, que sellaron con su sangre el voto de la patria. Si voy al Prado, tengo que regresar a toda prisa, porque de todas partes se me figura que oigo los lamentos de aquellas víctimas que, volviendo afligidos sus ojos, dieron el último adiós a sus desventuradas familias; y estos recuerdos encienden en mis venas el fuego de la venganza contra esos infames franceses.»

Estas imágenes aflictivas, y las maldades que cometió el ejército de Moncey en Buñol en los días 24, 25 y 26 de Junio, y en los demás pueblos que entonces invadió en esta provincia, habían de tal manera afectado el alma grande de Romeu, que juró morir primero que someterse al usurpador, y pelear en defensa de su amada patria para vengarla de los ultrajes con que era cruelmente oprimida. Tal fue su resolución irrevocable; y muy en breve principiaron a presentársele ocasiones en que cumplir tan sagrado juramento.

---

<sup>10</sup> D. Manuel Clavero y D. Salvador Soler.

Sabida la derrota de Somosierra, resolvió la defensa de Madrid la Junta creada al efecto el día 1.º de Diciembre. Inmediatamente fue artillada la plaza con treinta y más piezas; fueron repartidos fusiles y cartuchos; se dispusieron cortaduras en las calles, y se distribuyó la tropa. Entre tanto emigraba mucha gente, y Romeu, fiel siempre a su juramento, siempre amante de su patria, y siempre irreconciliable con las huestes del tirano, lejos de emigrar se presentó al Teniente General de los Reales Ejércitos, D. Manuel Miranda Gayoso, a cuyo cargo estaba la defensa de la puerta de Recoletos y Veterinaria, y le ofreció sus servicios; y S. E. lo destinó a uno de los puntos principales. Sucesivamente avisaron las partidas de guerrilla que el enemigo llegaba a San Agustín, Alcobendas, y Fuencarral. Estos anuncios acrecentaron la emigración; pero Romeu solamente esperaba la hora del combate. Al amanecer del día 2 ya ocupaban los franceses las alturas sobre los puestos de Santa Barbara, Pozos y Fuencarral; y los puestos exteriores empezaron el fuego luego que se dejaron ver, y lo continuaron todo el día y toda la noche. Los enemigos, entre tanto, se extendieron por todos los alrededores, y fueron ocupando posiciones hasta dejar cercada la plaza. El mismo Napoleón, que mandaba aquel grande ejército, intimó en este día por dos veces la rendición por medio del príncipe Neufchatel, jefe de su listado Mayor. A la primera nada se contestó; y a la segunda, contestada a las ocho de la mañana del 3, se concretó la Junta a pedir suspensión por aquel día. Mas, ajado el orgullo del Sultán con tan heroica defensa, ardiendo en cólera, da a sus esclavos la señal de ataque, y a las nueve de la mañana embistió por todos los puntos con fiereza. Rompe primero por el Retiro, rompe después por las puertas de Alcalá, Recoletos y Veterinaria, donde se hallaba Romeu, y en las que encontró el enemigo una increíble resistencia<sup>11</sup>.

Ocupan con grande fuerza todo el Prado, y entran por las calles de Alcalá, Carrera de San Jerónimo, y la de Atocha, en tan críticos momentos, no satisfecho Romeu con haberse portado en Recoletos y Veterinaria con mucho valor, patriotismo y amor al real servicio, como certifica S. E., se retira con las baterías a las cortaduras practicadas en las calles. Estas eran barridas por las balas, metralla, y granadas enemigas; pero Romeu, con otros valientes a quienes alentaba en su ardor, peleó con el enemigo, permaneciendo impávido en medio de tan inminentes peligros. El entusiasmo que desplegó Romeu en aquellos días, es inexplicable. Baste decir, con referencia a dos patriotas de los que lo acompañaron en las cortaduras, que Romeu se portó con todo el valor, con toda la instrucción de un militar aguerrido.

---

<sup>11</sup> Carta que, desde Madrid dirigió al Sr. Secretario del Despacho de la Guerra D. Antonio Cornel, el General D. Tomás de Morla, en 7 de Diciembre de 1808.

Puesta una bandera blanca en la torre de Santa Cruz, en señal de la suspensión convenida, casi de todos desamparado Romeu en la cortadura que ocupaba, emigrando muchas personas militares y no militares del mayor carácter en la madrugada del 3 al 4, y sabedor, por último, de que el general Morla, y el gobernador Vera habían ido a presentar a Napoleón las capitulaciones, prudentemente resolvió huir de Madrid por no quedar bajo la dominación enemiga, sin embargo de tener aún pendientes asuntos de mucha importancia, y no sin dolor de ver que la planta del tigre muy pronto profanaría la corte de las Españas. Se presenta, pues, en su casa-posada, y no halla a ninguno de sus habitantes; penetra hasta su cuarto, y advierte que faltan de allí sus cofres donde traía considerables sumas en efectivo y papeles importantes relativos a su casa. Preguntó, inquirió, hizo diligencias; todo fue vano: a un tiempo acababa de ser vencido como patriota, y casi arruinado como hombre.

Ya tremolaban en algunos puntos las águilas del Tirano; ya sonaban las músicas marciales; ya de su gente armada se escuchaba el susurro, y voces con que cantaban el triunfo de su entrada en la capital de las Españas, cuando Romeu, mucho más atribulado por el abatimiento en que gemía la patria que por la pérdida de sus caudales, salía de aquel pueblo, mansión poco antes del heroísmo, y ahora convertido en morada de tiranos, siempre prontos a derramar la sangre inocente de los españoles. Suelta las bridas al fogoso bruto, que con veloz carrera le traslada a la parte opuesta a la en que se hallaban reunidos los enemigos, sin que dejara por eso de sufrir la descarga de un destacamento situado a las inmediaciones de la población, recibiendo en el brazo izquierdo una herida de no poca gravedad.

Vencidos muchos riesgos, llegó, en fin, a Murviedro, donde pronta y felizmente sanó de su herida en el seno de una familia de quien era justamente idolatrado. Con exactitud contó a su esposa todos los sucesos de cuyos extraordinarios peligros había, por fortuna, salvado la vida. «¡Qué sería de ti y de mis hijos, exclamó Romeu conmovido, si yo, como otros muchos, hubiera muerto en tan arriesgados lances!» y extendiendo los brazos, tiernamente los estrechaba juntos en su pecho. Mas su esposa, penetrando que el amor de padre y esposo luchaba con el amor de la patria en que ardía el corazón de Romeu, le habló de semejante manera: «Conozco, no sin amargura, el agrio combate que padece tu alma, y nadie mejor que yo debe aquietar tus dudas. Es cierto que no puedo yo renunciar los derechos sagrados que tengo sobre tu vida, y mi corazón se estremece al abrir mis labios para decidir acaso de mi futura Suerte y de la de esos inocentes que ahora comienzan a gozar de las caricias de un padre que tanto los ama. Pero, no hay que vacilar en que primero debes desampararme a mí y a nuestros hijos, que a la patria. En su obsequio,

y en el de nuestro cautivo rey, estás indispensablemente obligado a sacrificarlo todo a imitación de los Saguntinos, de cuya sangre aún está empapado este mismo suelo. La patria reclama de sus hijos hasta la que circula por nuestras venas. La patria va a perecer, si los hombres de honor ceden a la horrible pena de haber de apartarse, quizá para siempre, de sus esposas y de sus hijos. Fuerte es, por cierto, el amor de madre; pero yo misma tendré' valor para ir contigo hasta la brecha, y morir a tu lado: y entonces enjugará las lágrimas de nuestros queridos niños el consuelo de que dimos nuestra vida por amor de nuestra Religión sacrosanta, bárbara y escandalosamente perseguida, y de nuestro rey y patria, que son el juguete de esos malvados que nos afligen con sus tiranías. Yo sé a qué punto llega tu entusiasmo por la defensa de esta justa causa; y no debo consentir que vivas tan afligido con la cruda guerra que enciende en tu pecho el cariño que nos tienes...» Aún más iba a decirle su esposa; pero Romeu vio que la palidez cubría su rostro, y que la ahogaba el dolor, y prontamente procuró restablecerla al sosiego de que la había privado este razonamiento. ¡Oh esforzadísimas Lacedemonias, que tan generosamente os desprendisteis de vuestros más tiernos afectos por la salud de la patria! decidme: ¿quién obró tan maravillosa transformación en esta tierna madre, idólatra de sus hijos? ¿en este corazón abrasado por el amor a un esposo, joven, gallardo y dotado de un alma que sin cesar difundía las dulzuras del cariño y del júbilo sobre su inocente y venturosa familia...? ¡Oh! ¡amor santo de la patria! ¡cuan terrible es tu poder!... Todo lo vences, todo lo transformas, y hasta en el morir se siente una profunda tranquilidad cuando se muere por su defensa.

## II

Igualmente magnánima que generosa. Valencia, no sólo atendía a las necesidades de los valientes de otras provincias, sino también toleraba llena de valor y constancia los reveses que por todas partes daba a probar a nuestras tropas la mudable fortuna. Todas sus disposiciones manifestaron que estaba su atención clavada en adoptar con energía los medios indispensables para la seguridad de esta provincia, por lo que en ella pudieran influir las últimas ocurrencias de Madrid y de Aragón. Tal era, pues, el estado de las cosas cuando Romeu regresó de la corte; y como no faltaban enemigos ocultos que tendieran lazos al patriotismo de sus leales habitantes, y que con manejos insidiosos trabajasen para introducir la desconfianza y el desorden en los pueblos, ya fijando pasquines, ya usando de otros ardidés muy propios para sembrar la desunión, y para debilitar aquel espíritu de unidad que aterró a Moncey y que es el único para alcanzar las victorias; trató la Suprema Junta de cortar de raíz estos males con las duras penas que tenía fulminadas en su

edicto de 20 de Diciembre; en cuyo patriótico fin trabajó con ahínco Romeu, de orden del excelentísimo señor Capitán General, que, conociendo a fondo aquel don inestimable que tenía de apoderarse de los corazones, y de dirigir fácilmente sus deseos, lo invitó a que se encargara de asuntos sumamente delicados, los que desempeñó con éxito feliz para la justa causa, y con no pequeños sacrificios de sus propios caudales.

Circulado por disposición del Excelentísimo Sr. Capitán General Conde de la Conquista, el bando que se publicó en esta capital en 18 de Febrero de 1809 para qué se llevara a efecto la orden de S. M. la Junta Suprema Central Gubernativa de los Reinos de España e Indias, comunicada por el Excelentísimo Señor Don Antonio Cornel, en 22 de Noviembre de 1808, para la formación de Cuerpos de Milicia Honrada, con sujeción al reglamento aprobado por S. M., comenzó a meditar el Ayuntamiento de Murviedro sobre el modo de darla un pronto cumplimiento, y nombrado Romeu por capitán de la compañía de Granaderos, nuevamente acreditó aquella actividad creadora del bien, y que promete resultados favorables, aun en las empresas de mayor dificultad. Inmediatamente segrega de la compañía, que el mismo formó, 13 granaderos de los más bizarros; los viste con elegancia, y los arma completamente a sus expensas, y se presenta con ellos a S. E. Los ve, y después de revistarlos detenidamente, lleno de admiración, exclamó enternecido: «¡Romeu!... es V, un verdadero patriota; un Saguntino en los deseos, en las obras, en esa constancia que debe servir de modelo a todos los que aspiren a sacrificarse por la querida patria.»

Entusiasmado S. E. siguió tributándole merecidos elogios; y yo, que contemplaba con admiración a Romeu, cuya hermosa presencia era realzada por la riqueza de su uniforme, noté en su semblante señales de la satisfacción de su alma al escuchar las demostraciones de cordialidad con que S. E. expresó sus sentimientos. Mas Romeu solamente contestó: «Yo no soy, señor, sino hijo de la patria; y sería indigno hasta de vivir, si desoyendo sus lamentos faltara a los deberes de un hijo que ha jurado o derramar su sangre por su defensa, o verla libre de los desastres con que la afligen sus encarnizados enemigos. Romeu, pues, regresó a Murviedro con sus granaderos, y siempre incansable, no cesó de promover enérgicamente el vestuario y armamento de su compañía, ya ayudando a unos con parte de las prendas que necesitaban, ya vistiendo y armando a otros del todo, y aprovechando los instantes posibles para ejercitarlos en el manejo de las armas y en sus evoluciones, hasta que estuvieron perfectamente instruidos.

Y con no menor desvelo, como es notorio, cuidó también Romeu de dirigirles su espíritu. «Para que seáis, les decía, milicianos útiles a la patria y sus más leales defensores, es preciso que sepáis que las bases esenciales

de vuestra profesión consisten en el valor, en aquella intrepidez y denuedo con que el militar se defiende o embiste al enemigo, sin temor a los peligros; en la subordinación, es decir, en aquella obediencia ciega de lo que manda el jefe, que es el fundamento de todas las victorias; en la unión de unos con otros, pues sin ella os veréis a cada instante perdidos; en la disciplina, en fin, que es la perfecta instrucción de todos los individuos de la compañía, la exactitud en el servicio, el cuidado, la conservación y limpieza de vuestro armamento. Sin estas circunstancias, no llenareis vuestros deberes, y todos os tacharan de militares inútiles; pero si las observáis, haréis renacer las hazañas de vuestros progenitores, que en estos mismos sitios se inmortalizaron; y todos dirán entonces, que la compañía de granaderos de Sagunto es un apoyo firme de la religión, del rey, y de la patria.»

Tal era el temple del alma de Romeu, que, ardiendo en celo por el éxito feliz de la heroica empresa nacional, no oía, ni veía en todas las cosas más que a la Patria. Ella era su ídolo; y para ofrecer a su tiempo en sus aras a su querido hijo, obtuvo que se le alistase en la Compañía de niños milicianos de Valencia, de cuya educación militar era Subinspector don Ramón Vilar.

«La guerra se empeña, decía Romeu, y calculo que no durará pocos años. Para este caso, y por si yo muriere, deseo que desde niño se familiarice mi hijo con los trabajos, y que aprenda a pelear contra los enemigos de la patria.»

Ocupada por el enemigo la plaza de Morella en el mes de Marzo de 1809, mandó en su socorro la Junta Suprema un ejército a las órdenes del Sr. General Roca: y a fin de oponer fuerzas que contrarestasen sus incursiones; e impedir que penetraran en la provincia, resolvió cubrir sus puntos fronterizos, destinando con este objeto la fuerza necesaria al interesante de Albentosa. Voluntariamente permaneció aquí Romeu por espacio de tres meses, haciendo los servicios más distinguidos, y manteniéndose, como siempre lo hizo, a sus propias expensas. Por su valor lo comisionó su Jefe para sacar de los mismos parajes que ya ocupaba el enemigo considerable porción de efectos de la real Hacienda, que el encargado de la Junta Superior de Teruel se vio precisado a dejar escondidos en un sitio montañoso y quebrado, a causa de la precipitada entrada de los franceses en Sarrión; y Romeu, siempre impertérrito, obedeció gustoso. A la una de la madrugada, y con solos veinte Milicianos, marcha por entre las avanzadas enemigas, y con la actividad que le caracterizaba busca el depósito, lo hace cargar todo, y con ánimo sereno vuelve a pasar por los mismos peligros, y hace de los Reales efectos formal entrega. Los franceses se alejaron poco después de aquellas inmediateces, y Romeu regresó a sus hogares, satisfecho por haber cumplido con sus deberes en los tres meses que estuvo al frente del enemigo.

Según los avisos confidenciales que tuvo el Excmo. Sr. Capitán General, se receló que los franceses se disponían para volver a embestir a esta provincia a fines del mes de Octubre. Prontamente se ordenó que pasaran a reforzar a Albentosa varias partidas y divisiones de milicias honradas, que sin perder instantes se reunieron en Segorbe; y con fecha 2 de Noviembre ofició a S. E. D. Bernardo Esquerdo, ayudante general de guerrillas de la Gobernación de Valencia, y comandante de los batallones de Sagunto, anunciando el entusiasmo de sus milicias: bien que no podía ser otro el espíritu que animara a unos batallones en que eran capitanes de granaderos hombres como Romeu.

Mas por los partes posteriores supo S. E. la opuesta dirección que tomaba el enemigo, y mandó que volvieran a sus casas las milicias y guerrillas.

### III

En continuas alarmas pasó esta provincia el año 1809; pero un nuevo orden de sucesos, ligados a la naturaleza de la guerra que sostenía, comenzó a perturbarla en el 1810. Furiosos los franceses contra Valencia, que, no sólo se inmortalizó triunfando de Moncey, sino que, creando ejércitos, castigaba en todas direcciones sus atrocidades, remitiendo además socorros de toda clase a las otras provincias, no cesaban por estas causas de insistir en su invasión, resueltos a domarla a toda costa. Anticipadamente incitaron con este intento a infinidad de débiles, que procuraban por medios falaces intimidar a los leales, para retraerlos de una justa y formal resistencia, y que ponían en confusión y desorden a los habitantes de la capital y de los pueblos, haciéndoles tener por sospechosos los jefes que gobernaban, como claramente lo manifestó en 2 de Marzo el Excmo. señor don José Caro. Mientras que sus emisarios sembraban la fatal semilla del terror y de la desconfianza, su ejército se había presentado en distintos puntos de nuestras fronteras, las cuales estaban con anterioridad reforzadas con las fuerzas disponibles, ocupando con otras el lado de Albentosa la división de Sagunto.

En este tiempo regresó Romeu al enemigo a viva fuerza, y con orden de sus jefes, 219 cabezas de ganado lanar, que se distribuyeron a la tropa de línea, por las escaseces de víveres que sufría, en virtud de providencia del comandante general de aquel acantonamiento. Entre otras rápidas medidas que se adoptaron para rechazar la grande fuerza enemiga que se aproximaba, fue una la de poner al mando de Romeu la fuerza de 400 hombres de milicias y guerrillas; y pasando a las Escareruelas del mismo Albentosa,

sostuvo por gran tiempo el fuego contra los franceses, proporcionando por este medio que se salvaran la tropa y paisanaje que se hallaban en los Mases del Río. En una palabra, en todo el tiempo que Romeu permaneció en aquellos puntos, no sólo desempeñó *con* la mayor actividad todo cuanto le ordenaron sus jefes, sino que fueron varios y extraordinarios los servicios que prestó.

A pesar de los esfuerzos de bravura con que en las fronteras opusieron nuestros valientes al enemigo una larga, tenaz y sangrienta resistencia, su mayor número logró, por desgracia, penetrar en esta provincia, cuya dominación tenían resuelta, sin detenerse en ninguna clase de sacrificios. Mas todo lo habían previsto las autoridades de Valencia. Sus sabias disposiciones proporcionaron asilo dentro de sus muros a los leales que lo buscaron; y la mano que ayer abría las entrañas de la tierra para sacar el sustento, empuña inmediatamente el acero con firme resolución de derramar por todas partes la sangre francesa. 12.000 soldados al mando de Suchet se acampan en las inmediaciones de la capital. Pisan este delicioso suelo, y al instante se vieron arder la choza abandonada del labrador, y las casas de los pueblos comarcanos. Saquean, cometen todo género de violencias, y hasta los lugares sagrados profanaron aquellos impíos, que, al fin, se presentan delante de Valencia la tarde del 4 de Marzo. El fuego de la plaza aturdiría al orgulloso francés, que en todas direcciones poblaba el campo de cadáveres. Romeu, entre tanto, con el furor en los ojos y devorada su alma por la pena de ver el triunfo de la iniquidad, que, cual torrente impetuoso, arrasaba su querida patria, vuela de pueblo en pueblo, invita a sus Ayuntamientos a que se reúnan, y a todos los inflama para que corran a tomar las armas contra el ejército del infame usurpador. Onda y sus cercanías, y otros pueblos, reúnen sus robustos brazos a las órdenes de Romeu, incorporándosele en su tránsito, además de los paisanos, un considerable número de dispersos de todas clases, y ocupa con más de 3.000 bayonetas posiciones ventajosas a retaguardia del enemigo. Mas Suchet, noticioso de que esta división y muchas partidas se aproximaban para atacarle, y convencido, por otra parte, de que mientras permaneciera bajo el clima Saguntino, de aquellos animosos guerreros que redujeron a polvo numerosos ejércitos de Italia y de África, estarían expuestas sus tropas a perecer sin la menor duda, arrebatadamente levantó el sitio en la madrugada del 11 del mismo mes, y huyó no con menos terror, ni con menos aturdimiento que su antecesor Moncey.

Tan luego como se advirtió el movimiento del sitiador, avisó S.E. a Romeu que el enemigo se retiraba con precipitación por el camino de Zaragoza, al parecer, y que se dirigiera contra él con cuanta fuerza pudiera; al mismo

tiempo le daba S. E. las más expresivas gracias por sus esfuerzos en defensa de la patria, y que merecía toda su satisfacción el mérito y patriotismo que le recomendaba Romeu en su oficio del día 10, del subteniente de cazadores de Valencia don Benito Alario; y Romeu marchó con su división contra Suchet, a quien vivamente hostilizó en su retirada hasta arrojarlo de la provincia.

Libre ya Valencia de los caribes que por espacio de siete días la tuvieron sitiada, regresó a Murviedro la digna esposa de Romeu, que, a poca distancia del enemigo, había venido huyendo la madrugada del 3 al 4 a buscar un asilo en la capital. Entra en su casa, y de su rico mueblaje y ropas nada encontró. Se apresura por ver si no había el enemigo hallado los depósitos que con sagacidad y anticipación tenía sepultados; y si, por fortuna, vio intacto el de las joyas y otras alhajas de plata muy preciosas, no había sucedido así con el del dinero, en que había ocultado noventa y dos mil reales vellón, ni con el de los libros de caja, correspondencia y demás papeles, en sumo grado interesantes, a pesar de haber sido enterrados aquél y éstos en sitio muy apropiado para alejar toda sospecha a la rapacidad del enemigo. Pero éste, al instante que entró en Murviedro, principió a inquirir cuál era la casa de Romeu; y todo lo desenvolvió, todo lo destrozó, mucho entregó a las llamas, y de estos y otros varios modos dio a conocer su saña. Y he aquí la segunda causa extraordinaria de las cuatro que ocasionaron la ruina de los bienes de la familia de Romeu. Este volvió, en fin, contento de su jornada; y viendo la prudente aflicción de su esposa por la grande pérdida sufrida, la dijo así: «Si la patria se salva, nada me causa dolor; y si contra toda mi esperanza, triunfare el tirano, nos sepultaremos primero bajo de sus ruinas; y entonces ¿para qué queremos las riquezas?...»

Bien satisfecho el excelentísimo señor Capitán General de los conocimientos militares de Romeu; de aquella dulzura, a la que ninguno resistía, cediendo todos gustosos a su razón, y que aleja de sí los tonos de autoridad severa y feroz; de aquel tino con que exactamente pesaba los grados de mérito que se deben reconocer en un servicio, y que remueve todo recelo de desfigurarlos hechos de otro; de aquel desvelo con que procuraba conservar su buena reputación, y de otras mil circunstancias de que es notorio se hallaba adornado; e igualmente complacido S. E. de los particulares servicios que acababa de hacer en las funciones hostiles que había sufrido y rechazado esta provincia, le nombró, en 22 de Marzo, Comandante de los dos batallones de Milicias honradas de Cheste y Chiva, que componían el quinto cuerpo Saguntino; de cuyo nombramiento se le expidió el correspondiente despacho, y de él tomó razón la Contaduría principal de Ejército.

#### IV

Después de varios sucesos, que sería prolijo enumerar, y en los cuales mostrose Romeu siempre con aquella alteza de sentimientos que le distinguía, la traición, la timidez y la inconstancia fueron más poderosas que las virtudes enérgicas de los pueblos viriles, y al cabo la ciudad de Valencia, qué más quisiera verse devorada por las llamas y ser pira, como Sagunto, para todos sus habitantes, primero que rendirse al enemigo, lo vio, en fin, entrar vencedor por sus puertas; sin duda porque se la hizo creer que su rendición era más análoga a las reglas del arte o de la prudencia, que los heroicos pensamientos que la ocupaban de sacrificarse por la Religión, por el Rey y por la Patria, en cuya defensa se había ostentado digna de sí misma por espacio de cuatro años: lenguaje favorito de las pasiones, cuando no se atreven a atacar cara a cara a los leales. Entonces la fidelidad, jurada por sus hijos ante las banderas de la Patria, salió afligida y llorosa de esta plaza; y fulminando anatemas contra los traidores y contra los cobardes que hablan hollado un blasón que eternizaría sus glorias, buscó asilo en otros pechos, inaccesibles al error y al miedo; y Valencia fue presa de los tigres, que de varios modos la profanaron con su brutal desenfreno. Aquellas mismas pasiones que sometieron la capital al enemigo común, también triunfaron del 5.º Cuerpo Saguntino. El terror, fingiendo el tono y voces de la verdadera prudencia, osó hablarle de esta manera: «Si un ejército valiente y numeroso ha capitulado si los bravos que, sin otros baluartes que su valor, arrollaron un día a Moncey, y en otro castigaron el orgullo de Suchet, acaban de recibir sumisos la ley del conquistador: ¿queréis vosotros, vosotros de mucho menor número, vosotros que carecéis de los inmensos recursos de un ejército aguerrido y de una ciudad poderosa, queréis por ventura resistiros a esos campeones que tienen aturdida la Europa con sus conquistas?.. ¡Miserables de vosotros y de vuestras familias, si un momento permaneciereis con las armas en la mano!» Y sin detenerse aquellos valientes a escuchar la voz de la Patria, que les diera a conocer por medio de su ilustre jefe la senda que había de conducirlos al templo de la inmortalidad, regresaron a sus hogares para presentar dóciles el cuello al yugo de la tiranía.

Como la constancia en las empresas justas es el carácter que distingue a un hombre grande, recto en sus intenciones y racional en sus designos, de aquellos a quienes en todo tiempo desacredita su misma ligereza; nuevamente se dejó ver Romeu al mundo en esta crisis espantosa con aquella grandeza de alma, con aquella virtud que hará eterno su nombre. Romeu, aunque herido del dolor que le causaba la rendición del ejército y de la capital, conservó la mayor serenidad en el momento en que lo desampararon

los que un día fueron el apoyo de la patria; bien seguro de que hallaría soldados donde encontrase hombres. Si el amor a sus mujeres e hijos llamaba a unos; si la conservación de bienes compelia a otros; si el deseo de guardar la vida arrastraba a todos a sus casas; ¿no estaban reunidos iguales intereses en el pecho de Romeu?... ¿Era acaso insensible al amor que tenía a su joven esposa y niños? ¿No era solícito de su fortuna? ¿O aborrecía quizás la vida? Romeu idolatraba a su familia, era celoso de sus intereses; estimaba, como los demás, su propia existencia; pero Romeu lo posponía todo muy gustoso siempre que la justa causa exigía estos sacrificios; y lejos de ser perjuro, y de envilecerse con ir a entregar su espada al usurpador, en aquel mismo instante renovó el juramento de vencer o morir en defensa de su Religión, de su Rey y de su Patria; y con sólo siete leales que le siguieron se internó en las montañas vecinas, en cuya fragosidad supo que andaba errante su familia.

Desde el instante en que el ejército francés se posesionó de Valencia, principiaron los patriotas a sentir el peso del orgullo de unos extranjeros, que estaban resueltos a perseguirlos con todo género de violencias. Aquel ejército a quien confió la Patria su defensa, y para cuyo sostenimiento había hecho inauditos sacrificios, y que capituló bajo las reglas de prudencia del cogitabundo Blake, fue inmediatamente conducido a Francia; en seguida fueron deportados sus sacerdotes, y no pocos de ellos fueron infamemente asesinados; sus tropas iban al mismo tiempo extendiéndose por toda la provincia sin oposición, y hasta en los montes resonaron los tristes gemidos de los pueblos, aterrados por las vejaciones, por las muertes, por los robos, por los incendios, por las impiedades de aquellos feroces Scytas. Con estos y otros males sin cuento, que comenzaron a llorar los valencianos, les hizo la desgracia conocer cuánto más dulce les habría sido morir en la lid que capitular con un ejército de foragidos.

Robert, el Barón Robert, cuyo solo nombre recuerda toda especie de atentados, hizo saber el día 10 de Enero, que, «en consecuencia del artículo 2.º de la capitulación que trataba de aquellos a quienes el espíritu de partido pudo extraviar, se complacía el Mariscal en correr un velo espeso sobre lo pasado;» y por decreto de 5 de Febrero concedió Suchet amnistía a los que depusieran las armas y se presentaran a las Justicias de sus pueblos. De todo esto era Romeu sabedor, ya por los papeles públicos, ya por los avisos de sus confidentes; y despreció las proclamas y las amnistías de los enemigos de su Patria.

Aunque dio Romeu señales de su amargura por la rendición de la plaza de Peñíscola, que capituló el 4 de Febrero, siempre se le vio firme, y con aquel espíritu varonil que daba valor a cuantos le rodeaban, inspirándole

una fundada esperanza de que España triunfaría. Sin embargo, no es fácil describir con exactitud y propiedad sus sentimientos en tan penosa situación. Sólo aquellas almas que sepan trasladarse al interior del que padece para contemplar allí sus dolores, pueden formar una idea aproximada de la aflicción con que los infortunios de su Patria lo consumían; de las agitaciones de su espíritu, continuamente abismado en calcular el modo de concurrir a su libertad, y de la cruda guerra que experimentaba al reflexionar sobre la suerte de una esposa y de unos hijos que amaba entrañablemente. Mas desoyendo el grito de la naturaleza, y convencido de que todo debe desampararse primero que a la Patria, en cuya defensa tenía jurado vencer o morir, resolvió Romeu pasar a Alicante, donde residía una Comisión del Gobierno. Después de superados muchos obstáculos, penetró, por fin, en aquella plaza, y se presentó a la Comisión ofreciéndole sus servicios en cualquier regimiento a que tuviera a bien destinarle. Pero la Comisión, considerando de una parte las circunstancias particulares de Romeu, de cuyos servicios relevantes estaba instruida, y de otra, las ventajas que se conseguirían sobre el enemigo si desplegara en la provincia sus conocimientos, su actividad, sus relaciones, su entusiasmo, y que su mismo nombre influiría de tal manera para alentar y traer al partido de la justa causa multitud de brazos que permanecían en la inacción, resolvió proponerle que marchase al interior, para reunir fuerzas con que nacer la guerra al enemigo, y poner en práctica las instrucciones que se le comunicarían, Y Romeu, modelo de obediencia militar, que siempre se prestaba gustoso a los mayores sacrificios de obsequio de la Patria, sin intimidarle ningún peligro cuando tenía por objeto su independencia, condescendió con lo que se le proponía; y sólo esperaba ya el momento en que la Comisión ordenara su salida de la plaza para cumplir con puntualidad sus disposiciones.

Entretanto que estas cosas pasaban en Alicante, continuaba la esposa de Romeu escondida por los montes, con sus tres hijos, y con tanto más cuidado cuanto más activas eran las pesquisas que supo hacían los franceses en Murviedro para saber su paradero. Por esta causa fueron grandes los sobresaltos, los trabajos y las penosas privaciones que madre e hijos sufrieron, hasta llegar el caso de dormir muchas noches a la intemperie y rigor de la estación. Ésta fue en aquel entonces de abundantes y continuas nieves; y acogiéndose al abrigo de una cabaña en la Muela del Oro de los bosques del Valle de Cofrentes, al cuarto día amaneció cubierta en términos de ser impenetrable; y acabadas las provisiones con que allí se encerró, estuvieron todos muy próximos a morir de hambre y helados. En tan grande peligro, resolvieron sus criados abrir paso, como por fortuna lo consiguieron; pero al caminar esta delicada señora por aquellos cerros de nieve se le helaron los pies, y abiertos y llenos de llagas, fue necesario conducirla a Irajuel para

curarse. Aun sin haberse restablecido, se vio un día precisada a mandar esconder prontamente a sus tres niños, y salir huyendo del pueblo, donde ya iban entrando los enemigos, que, como allí es notorio, cometieron la villanía de perseguirla y la crueldad de hacerle una descarga, viendo que se dirigía a ocultarse en el monte, y que ya no la podían alcanzar. Mas todos estos males sin número los sufría esta señora con ánimo alegre y esforzado, y con un entusiasmo admirable, pensando únicamente en el día en que su Religión, su Rey y su Patria se verían del todo libres de la opresión francesa.

Dada, en fin, a Romeu la orden para marchar, tan luego como estuvo legítima y competentemente autorizado para la precitada empresa, salió de Alicante a la cabeza de 40 caballos y unos 60 infantes, fuerza, sin duda, más a propósito para atraer sobre sí los gruesos destacamentos enemigos, acantonados en las inmediaciones de aquella plaza, y divagantes por toda la provincia, que para hacerles frente en ninguno de los continuos reencuentros de que no podría absolutamente prescindir. Lleno de valor y entusiasmo, atravesaba las montañas de Elche, dejaba atrás sus profundas gargantas, y a una partida de franceses, situada en las Pedreras, que quiso disputarle el paso con un vivísimo fuego que duró más de una hora, la obligó Romeu a emprender la fuga, después de bien escarmentada. Satisfecho entonces de la bravura de los suyos, prosiguió con impavidez su camino hacia las inmediaciones de Novelda, donde instruyó a algunos patriotas sobre el modo de formar unas partidas de guerrilla.

Inmediatamente pasó a la montaña de las Salinetas, en cuya soledad se detuvo hasta que se reunieron las personas que había convocado con el fin de tratar de iguales proyectos. Allí propuso a los leales de Caudete, de Fuente de la Higuera, de Ibi, Cocentaina y Bocairente el plan de levantar varias guerrillas; allí los exhortó e inflamó en el amor de la patria; y recibidas las instrucciones que les comunicó, juraron allí todos vencer o morir en defensa de la justa causa, partiendo sin detenerse a poner en ejecución lo que había quedado decidido. Mas Romeu, que consideró indispensable su presencia en el Valle de Albaida, marchó sobre Onteniente. En sus cercanías se avistó con el valeroso Cortés, con quien conferenció sobre los medios de que debía Cortés valerse para sublevar contra el ejército francés el valle de Benigánim y otros pueblos, atendida la buena disposición en que estaban los ánimos de sus habitantes. Sería molestar a mis lectores si los precisara a seguir con la imaginación los pasos de Romeu en esta correría militar, para que admirasen sorprendidos, no sólo su actividad, su entusiasmo y su valor, sino su constancia y fortaleza en las marchas y contramarchas que hizo, sin que le sirviesen de obstáculo, ni las tropas de los generales Gudin y Harispe, que a derecha e izquierda recorrían sus respectivas

gubernaciones, ni los destacamentos de ambas armas que, hasta en las ventas, estaban acantonados. Todo lo arrostraba el celo y ardor de Romeu, y nada se le oponía capaz de arredrarle en la ardua empresa de difundir, en todas direcciones, la chispa eléctrica de la insurrección más justa que vieron los siglos contra los infames que invadían nuestra amada patria. Romeu, en una palabra, dio acción a los buenos en estos puntos, de donde salieron: el patriota Cortés, que levantando el grito de Patria en Benigánim, Beniajar, Castellón del Duque, Montichelvo, Terrateig, Ráfol de Salem, Puebla del Duque, Bélgida, Ollería y Benisoda, mientras los franceses se dirigían hacia Alicante por Jijona y Muchamiel, sorprendió con 800 hombres, en la madrugada del 27 de Abril, el apostadero de Adzaneta, compuesto de un grueso de infantes del 44, de un crecido número de dragones y húsares; de cuya acción resultaron muchos franceses muertos y heridos, y el malhadado Cortés, que acaudillaba los españoles, desgraciadamente muerto; Ramón López, Isidro Garcerá, Valero Badía, Romualdo Aparici, y otros jefes, todos de distintas guerrillas, que pelearon con el enemigo, aterrando no pocas veces la primera brigada de caballería de Harispe y las compañías escogidas de la segunda división, dando otras la muerte a muchos infantes del 10, y del 117, que componían parte de la brigada de Gudin sobre Ibi y Novelda; y que, a pesar de los esfuerzos continuos de los franceses, nunca abandonaron la defensa de la justa causa; antes, por el contrario, dieron ejemplos de valentía en los campos de Cocentaina, Alcoy, Albaida, Sas, y Biar. Y sí en esta parte de la provincia echó Romeu los cimientos al patriotismo, sobre que sucesivamente se fueron levantando otros brazos igualmente útiles que cooperaron a la salvación de la patria, no se descuidó un instante en ir a poner otros puntos en actitud guerrera, llevando consigo para este fin todos los dispersos que encontraba y a otros muchos patriotas que le seguían para militar bajo sus órdenes; resucitando en los muchos pueblos por donde pasó la esperanza muerta de la independencia de la patria.

Advertidos, pues, de este grande movimiento los generales de las gubernaciones del tránsito por los mismos comandantes de los destacamentos que dispersó Romeu, prontamente trataron de impedir sus progresos. Mas Romeu, que por todas partes iba dejando partidas de patriotas armados, no sólo para que distrajeran al enemigo de su principal intento, sino también para que con sujeción a las órdenes que les dio, propagasen a la vez el fuego de tan justa insurrección, burló los proyectos del enemigo, y se situó en Alatoz, pueblo del partido de San Clemente en la provincia de Cuenca.

Aquí principió Romeu a dar un nuevo impulso a sus vastos planes. Estos, según se colige del copiadore de los oficios, órdenes y demás que comunicaba, y de las disposiciones de los que le rodearon en aquel entonces, tenían

por objeto la reunión, en primer lugar, de los dispersos, ya del ejército activo, ya del de Milicias, y también la de los solteros; dividirlos en pequeñas secciones al mando de jefes instruidos, de buena conducta y de conocido valor, que los disciplinasen y enseñaran la guerra en la misma guerra de guerrillas que debían hacer los franceses. Regimentar la mayor parte de ellas según fuera adquiriendo plazas, y formar una división que fuese el terror de los enemigos, era la segunda parte, o sea el fin principal de aquellos planes. Tengo a la vista los datos necesarios para escribir una relación circunstanciada de casi todas sus tareas para la consecución de estos fines, y que dan una nueva idea de la actividad singular que desplegó; del tino, conocimientos y delicadeza, con que promovía la defensa de la patria; del modo con que atraía así lo promovido; de sus desvelos y de su constancia para que se observase por todos la más rígida disciplina militar, predisponiendo los ánimos para arrostrar los innumerables trabajos que habían de sufrir, y para dar sus vidas en lid tan gloriosa, y de los sinsabores que le causaban las operaciones menos conformes a estos principios. Mas como la conducta de Romeu es admirable bajo cualquier aspecto que se considere, omito, no sin sentimiento mío, la relación de estos pormenores, sólo por no separarme del único objeto que me he propuesto, que es la narración de sus más principales sucesos.

Sabedores los franceses de que en Alatoz se había reunido mucha gente armada, destacaron a Maupoint con una brigada compuesta del cuarto de cazadores napolitanos, del 11 de línea y parte del 16 de húsares; pero tuvo que alejarse, viendo que aquellos no eran ya los españoles que en otros días se dispersaban, sino verdaderos españoles, que, imitando el ejemplo de su comandante Romeu, avanzaban con intrepidez, y daban la muerte a cuantos osaban resistir su furor. Huyó Maupoint, dejando insepultos 13 de sus miserables soldados. El general Páris quiso recobrar el honor de sus tropas, perdido por Maupoint, y reforzándose con algunas compañías del octavo napolitano, llegó orgulloso a las cercanías de Alatoz, y después de dejar algunos muertos y de arrastrar no pequeño número de heridos, tuvo la misma deplorable suerte que su antecesor.

A pocos días de haber Romeu dado a los franceses estas lecciones de firmeza y de valor, recibió un pliego del mayor comandante de la plaza de Valencia, Année, por conducto de Jacomet, miembro de la Legión de Honor, capitán del tercero de infantería de línea y gobernador entonces de la villa de Buñol. Année solicitaba de Romeu que dejase las armas y se adhiriera al partido francés. Para inclinarlo, lo decía, «que la mayor parte de la nobleza de España y de sus grandes, habían ya abrazado los intereses de la Francia, y que no era de esperar quisiera Romeu confundirse con cuatro

fanáticos, a quienes muy pronto dispersarían las bayonetas francesas; y le ofrecía, en conclusión, a nombre del mariscal del Imperio, todas las consideraciones y todo género de protección que necesitase, si regresaba pacífico a sus hogares.» Y Romeu, según se lee al folio 82 del citado libro copiadador, respondió en los términos siguientes:

«Cofrentes 8 de Abril de 1812.—Jamás daré oídos a palabras de los enemigos de mi patria. Muy mucho me complacerá el caballero Jacomet, sí se abstuviere de tan inútiles mensajes.—JOSÉ ROMEU.»

Al paso que Romeu castigaba las maldades de los franceses con las armas, y despreciaba, como queda visto, sus viles seducciones, se le reunían por momentos muchos dispersos de todas clases, y sin dilación organizaba guerrillas, que destinaba a varios puntos, dejando cerca de sí aquel número de tropas más propias para llevar a cabo la segunda y más principal parte de sus planos. Pero, entre tanto, el mariscal Suchet, en vista de lo ocurrido a Maupoint y a París, y sin embargo de la terminante contestación de Romeu a la carta de Année, reiteró los medios de la seducción; y de su orden ofició a Romeu el barón del Imperio y general Mazzuchelli. Este le decía: «que abandonase la defensa de nuestra patria; que no fuese tonto en seguir el mando de los vándalos, y que se presentara al mariscal Suchet, en quien hallaría todo asilo y buena recompensa; pues debía persuadirse que la nación española no tenía ya más remedio que servir a su Emperador.» Y Romeu lo contestó por escrito: «Que mientras hubiese un palmo de terreno libre en España, lo había de defender como buen patriota y fiel súbdito de su augusto monarca el Sr. D. Fernando Vil, y que la suerte de su patria había de ser la suya.»

Fácilmente previo Romeu cuáles debían ser los resultados de su respuesta; y sin perder instantes, circuló a todos los jefes de partida de su distrito los avisos e instrucciones más acertadas; cuyo extracto consta del expresado copiadador, folio 29 y siguientes. En seguida regreso a Alatoz, y cuando más engolfado estaba en arreglar sus tropas, recibió oficio de su inmediato jefe el Excmo, Sr. D. Luis de Bassecourt en el que le insertaba la reclamación de cierto jefe de división del ejército de Murcia le hacía, por conducto de su general en jefe, de todos los oficiales, sargentos, cabos y soldados dispersos que se hablan reunido a Romeu, para que inmediatamente pasasen a aquel ejército. Yo prescindo de emplear una sana crítica sobre el valor de esta reclamación, atendidas las grandes facultades de que legítimamente se hallaba investido Romeu; y omito también gustoso hasta la más mínima indicación sobre si fueron o no venturosos los sucesos sobrevenidos en la jornada del 21 de Julio de este mismo año, a la división de aquel jefe en los campos de Castilla. Sólo me concretaré a contar

que Romeu, después de sostener con firmeza las atribuciones de su carácter, cedió en remitir las fuerzas ambicionadas; porque Romeu, ¿qué otro norte, que otros deseos tuvo nunca más que la salvación de su patria, fuesen condes o duques los que la salvaran, o hijosdalgo como él?... «Sálvese la patria, repetía, y sea el que fuere el jefe de mayor número de tropas; cooperemos todos a este fin, que en la cooperación están la verdadera virtud, y aquella gloria que jamás se marchita» ¡Oh. Romeu! ¡Oh, varón ilustre, magnánimo! ¡Tus virtudes no tienen ciertamente muchas copias!... Pero tu misma virtud, ese noble desprendimiento va a ser la causa motiva de tu muerte, de la viudez de tu adorada esposa, de la orfandad y desamparo espantoso de tus hijos, de esos hijos a quienes llamas las prendas queridas de tu corazón. ¡Ay de tí! ¡Ay de ellos! ¡víctimas todos del amor más puro a la patria!

Como Romeu los previó, así fueron los resultados que produjo su respuesta al oficio del general Mazzuchelli. Suchet, arrastrado por la violencia de su colérico furor, dispuso las cosas de tal manera, que hervían las partidas francesas en la ala izquierda de esta provincia, que era el distrito en que mandaba Romeu. Éste, desposeído en aquellos días de un gran número de tropas bien disciplinadas, solo contaba con las fuerzas de patriotas, de cuya clase se componían casi todas las partidas que había creado. Entonces conoció la precisión de hacer los últimos esfuerzos para atraer nuevos defensores, constituir a los que estaban pronunciados, y ya peleaban con el enemigo, bajo un pie que prometiera aún mayores ventajas a la salud de la patria, desterrando a viva fuerza todo lo que precisamente no se dirigiera a este objeto. Por medio de oficios que infundían amor a la justa causa y menosprecio del vil egoísmo, nuevamente excitó a los ayuntamientos, curas párrocos y demás personas de conocida opinión, a fin de que alentasen a los buenos para que acudieran a tomar las armas; y poniéndose a la cabeza de 40 hombres, marchó a revisar las guerrillas de su distrito. Exhortó a sus respectivos comandantes a que hicieran guardar la más severa disciplina, los instruyó en todo lo necesario para conciliar la mejor armonía entre sí y con los demás, y les patentizó, por último, que entonces más que nunca reclamaba la patria de sus hijos todo género de virtudes, y que sin ellas, lejos de ayudarla, se la precipitaba por momentos en otro abismo de males de mayor escándalo que los que le hacía llover el ejército francés, a quien indudablemente llenarían de terror si tenían en memoria que eran verdaderos españoles, y lo acreditaban con obras. Estas, y otras no menos sabias, eran las ideas que Romeu comunicaba a los jefes de sus guerrillas, ya de palabra, ya por escrito.

Estando no muy lejos de la Venta-quemada de Buñol, resolvió Romeu sorprender un destacamento, porque deseaba dar a conocer al comandante Villetard-Laguerrrie, hombre brutal y sanguinario, el enojo con que miraba

las crueldades que había cometido en el camino de aquel pueblo para Requena; y felizmente lo logró, ocasionándole algunos muertos, y acuchillando a los restantes, los obligó a abandonar aquel punto, persiguiéndolos hasta las inmediaciones de Buñol; y Romeu regresó para continuar la ruta comenzada.

Indignado Cabrera, comandante entonces de Buñol, reunió sus fuerzas a las fugitivas de la Venta-quemada, y acompañado de Villetard-Laguerrie, proyectó derrotar a Romeu con una sorpresa, y con este intento fue a buscarlo a Millars, A la media noche lo avisaron sus avanzadas de que por el camino se oía algún ruido, y que acaso eran franceses. Con presteza reunió Romeu los suyos, cuyo número se había aumentado al anochecer de aquel día con una partida de infantes que mandó viniese, aunque para otros muy diversos fines; y emboscado, derrotó a aquellas fuerzas unidas, escapando, a favor de las tinieblas, los franceses que no quedaron muertos.

Cundía la ira en los pechos de los comandantes Villetard-Laguerrie y Cabrera, considerando los funestos resultados que tenían sus armas cuando las empuñaban contra Romeu: y aspirando ya a la venganza, saciaron sus deseos infames asesinando al comandante de una de sus partidas, D. Isidoro Galcerá, que desgraciadamente hicieron prisionero en el Cerro de la Muela del Oro. ¡Hecho cruel, y mucho más cruel cuanto más contrarió al derecho de la guerra! Pero Romeu, ardiendo en justa cólera, resolvió dar la muerte a los seis primeros oficiales franceses que cayesen en sus manos, como así lo ofició al comandante Cabrera<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> Tan luego como llegó a S.M. la Junta Central la proclama publicada en Zaragoza por el mariscal Lannés, duque de Monte Bello, en que prevenía a los habitantes de Aragón «que el primero que se encontrara con armas en la mano sería castigado de muerte,» circuló aquella Suprema Junta un manifiesto, en 20 de Marzo de 1809, diciendo otras cosas, lo que sigue: «... Debe saber Lannés y los demás comandantes franceses, que en España todos los habitantes que pueden llevar armas son soldados de la patria. El Estado les da este concepto, la Junta Suprema los declara tales, y no pueden menos de serlo en una guerra, que no se hace de ejército a ejército como las otras, sino que es de un ejército contra una Nación entera, que rehúsa unánimemente el yugo injusto y odioso que se la quiere poner encima. Todo individuo de esta Nación está, por consiguiente, bajo la protección de las leyes de la guerra; y el general que no las observa, en vez de ser un militar es un bandido, que provoca contra sí la abominación del cielo y la venganza de los hombres.. Tres prisioneros franceses responderán de cada español, sea paisano o soldado, con quien los enemigos falten a las leyes la guerra. La Europa oirá con tanta admiración como espanto, que una nación magnánima, que ha empezado esta lucha haciendo 30.000 prisioneros y tratándolos con generosidad y justicia, olvide, a pesar suyo, su carácter y sus principios, y comience a diezmar sin compasión alguna a otros infelices desde el primer general hasta el último soldado. Pero no somos nosotros, no, quien les condena; es la mano impía de sus jefes mismos, que escribiendo semejantes proclamas y poniéndonos en la dura y terrible necesidad de la represalia, firma igualmente la sentencia de muerte contra los franceses que contra los desventurados españoles... Acordó también S. M., que los generales lo hicieran entender así por un oficio al general del ejército francés que tuviese delante.»

Este oficio de Romeu, expresivo de su entusiasmo y de la indignación que en su ánimo excitó el atroz asesinato ejecutado con el mejor militar que tenía en aquel valle, encendió un nuevo fuego en el orgullo francés, puesto ya en acción por las órdenes más acaloradas del mariscal Suchet, relativas a que, así estos comandantes, como los de otros varios destacamentos, persiguiesen a Romeu sin dejarlo descansar ni un solo momento. En su consecuencia, concibió el capitán Jacomet otra intentona, y osó acercarse a Dos-aguas. Pero Romeu mandó que 160 infantes cubrieran ciertas alturas, mientras que él, a la cabeza de otras y de algunos caballos, les salía al encuentro. Creyendo Jacomet que se las había con Brigands, se atrevió a presentar batalla; mas su vana presunción ocasionó la muerte de no pocos de los suyos, que perecieron al filo de la espada, y que otros espiraran despeñados en aquellos precipicios, huyendo de los valientes de Romeu, que los persiguieron más de una legua de camino. Al ver que Jacomet regresaba derrotado a Buñol, acabó de enfurecerse el comandante francés, y combinando un nuevo movimiento contra Romeu, se puso de acuerdo con el coronel Menche, comandante de Requena, y reunidas las fuerzas de ambos, marcharon con 300 infantes y unos 60 caballos. Por uno de sus confidentes supo Romeu con anticipación que aquellas fuerzas se dirigían contra él, y aumentando las suyas con las de las partidas más inmediatas, busca a los franceses, y ocupando posiciones en el camino de Requena a Buñol, cargó con horrible furia sobre ellos, que espantados y dejando los muertos y heridos que no pudieron llevar consigo en su precipitada fuga, se cubrieron de ignominia en la mañana del 30 de Mayo.

Castigado así el enemigo en estos y otros puntos por donde pasó Romeu con el fin que arriba indiqué, supo, no sin grande sentimiento suyo, que la infernal discordia traía perturbados los ánimos de dos comandantes de guerrilla, a quienes mantuvo Romeu en el mando solamente por la precisión de ceder a la necesidad imperiosa de aquellas tristísimas circunstancias; y sin perder tiempo se encaminó a Sot de Chera, en donde tenía pensado cortar de raíz tales disturbios, haciendo renacer la paz en la mejor armonía, para que la salvación de la patria fuera el objeto único de los que se gloriaban de haber tomado las armas contra el ejército francés, azote de la desventurada España.

Eran tantas las partidas de guerrilla que levantó Romeu en su distrito, tantos los víveres que arrebatában de manos de los franceses, tantas las correspondencias interceptadas, y tantos los daños que experimentaban con la

---

En estos y otros principios se fundó Romeu cuando dictó el citado oficio, extendido fol, 132 del lib. cop.

guerra de montaña, que era lo que más temían, que el mariscal Suchet se vio obligado a destinar columnas volantes que corriesen en todas direcciones del país, continuas y crecidas escoltas que acompañasen los trenes y los correos, y aun a los particulares; a mantener guarniciones en cada pueblo; y, en una palabra, a emplear en su persecución las tropas que, como dijo el titulado rey José I a la Diputación Eclesiástica de Cuenca, debían ocuparse en atacar al enemigo común; es decir, al ejército anglo-español-lusitano. Todo esto enfurecía extraordinariamente a aquel mariscal, y su furor llegaba a lo sumo todas las veces que eran derrotadas por Romeu las tropas que había destacado para su incesante persecución, y al instante mandaba otras que lo siguieran, con el intento de aprisionar a un español que siempre pisaba su orgullo, y cuyo felicísimo entusiasmo había despertado el antiguo valor valenciano, y que tenía sobre las armas multitud de patriotas que a todas horas peleaban por conseguir su independencia. Y considerando Suchet que si lograra la captura de Romeu podría entonces inclinarlo, ya por la persuasión, ya por temor a la muerte, a que tomase partido y él mismo destruyera lo que había edificado, trasformándose en instrumento de la seducción francesa, proyectó el único medio que para este fin le quedaba; y lo que no pudieron las armas ni las promesas, lo consiguieron acciones viles. Un hombre, un español infame, un monstruo que por descuido dio a luz la naturaleza, seguía a lo lejos el rumbo que en su ruta tomó Romeu. De cerro en cerro lo acecha, y ve por último que se dirigía a Sot de Chera. Agujoneado por el deseo de la recompensa prometida, inmediatamente vuela a Liria, da aviso a Saint-Georges, jefe de escuadrón del 13 de coraceros, que era entonces comandante de aquel distrito, de que «José Romeu, comandante de las guerrillas de la izquierda del reino, con sola la fuerza de 40 caballos, iba camino de Sot de Chera, donde era regular que pernoctase, considerado el cansancio que había advertido en los caballos y por la hora en que debería llegar». Prontamente juntó Saint-Georges sus tropas, y dispuso que en cuatro divisiones marchasen por diferentes caminos a Sot de Chera, adonde llegaron por la madrugada. Los gendarmes españoles, que iban disfrazados con vestidos a uso del país, sorprenden la avanzada; cercan las demás tropas el pueblo: los mismos gendarmes, seguidos con gran silencio de varios franceses de infantería, sorprenden acto continuo las centinelas y cuerpo de guardia, y ¡Romeu, el ínclito Romeu, fue también traidoramente sorprendido, en términos de no dejarle ni aun tiempo para empuñar la espada y vender cara su vida!!!... Así consiguió el mariscal Suchet, por el artificio y la ruindad, lo que nunca hubiera conseguido el decantado valor de sus soldados.

El comandante francés inmediatamente mandó fusilar a las víctimas de esta fatal sorpresa; y de su funesto decreto eximió a José Antón, Antonio Calpena, Antonio Iglesias, Sebastián Tejedor, Miguel García, José

Soler y Antonio León, a quienes únicamente pudo salvar Romeu, valiéndose de los recursos de su fecunda imaginación, para justificarlos con varios pretextos que aquel comandante respetó. Ejecutado, pues, el cruel asesinato, fue Romeu conducido a Liria en clase de prisionero de guerra; porque, sabedores los jefes franceses de las miras de su mariscal, le preservaron atentamente la vida contra la horrenda costumbre que aquellos infames tenían de asesinar a todos cuantos de las partidas caían en sus manos.

Eran tan repetidas las órdenes de Suchet para la persecución de Romeu, y tan extraordinario el empeño que tenía en hacerlo prisionero, que Saint-Georges esperaba inquieto en Liria el resultado de una jornada, en que, para sorprender cuarenta y dos españoles, había destacado mil ochocientos setenta y ocho hombres, a pesar de tener comprada la victoria a un vil traidor. Grande fue, por tanto, su complacencia cuando vio al valiente prisionero: y siguiendo en los mismos principios que sus compañeros, lo cortejó a su arribo en la tarde del 6 de Junio. Pero Romeu, inflexible siempre y siempre aborrecedor de tales caribes, se mostró frío a sus políticos obsequios, y el día siguiente fue conducido a la ciudadela de la capital.

Notable fue la alegría del mariscal Suchet cuando supo la aprehensión de Romeu, y no solamente manifestó su gozo a Saint-Cyr Nugues, jefe de su Estado Mayor general, y a Mazzuchelli, comandante superior de Valencia, sino también que estaba decidido a valerse de todos los medios necesarios para atraerlo al partido francés, que era el fin que, como ya tengo dicho, deseaba conseguir. Estos generales se propusieron igualmente trabajar en la conversión de Romeu, ya por coincidir con los fines del mariscal, y ya porque, según dijeron a varias personas, se complacían en contribuir a la felicidad de un militar que se había portado con tanto valor, y que en gran manera influiría en la pacificación de la provincia. Con este objeto encargó Saint-Cyr a Mr. Gabilan, teniente adicto al Estado Mayor de Mazzuchelli, que pasara a hablar con el prisionero; y que para catequizarlo, le explicara las benéficas intenciones de S. E., y la situación tristísima de la causa en cuyo favor había hasta entonces peleado: lo que así cumplió Gabilan en la noche del mismo día 7. Mas Romeu, firme como una roca en el amor de su afligida patria, solamente le respondió: «Diga usted a su general, que Romeu. es un español, y un español que nació en Sagunto.»

Saint-Cyr y Mazzuchelli, lejos de irritarse con la respuesta del prisionero, admiraron su honor y la entereza de su carácter, y quedaron en discurrir con el mariscal otras medidas capaces de hacerle vacilar, y aun de que cediese gustoso a las insinuaciones que se le hacían; y un acto de amistad la más acrisolada, presentó a aquellos generales los medios más seguros, a su

ver, para que Romeu cambiara de opinión. D. Manuel Domingo Morales, Oidor de esta Real Audiencia, y D. Juan Álvarez Posadilla, Fiscal de la misma, trataron de salvar la vida a su íntimo amigo Romeu, a quien, según habían llegado a entender, quería Suchet dar la muerte en el caso de que no reconociera bajo de juramento al rey José I. Esta noticia, que principió a divulgarse, los alarmó; porque conocían cuan injusto era Suchet en pretender forzar a un prisionero con amenazas de muerte para que se sometiera a aquel gobierno; pero con su ilustración penetraron el fin último que ocultaban aquellas amenazas, y como conocían el carácter firme de Romeu, se resolvieron a trabajar para impedir que lo que en un principio tendía a inspirar terror, llegara a convertirse en venganza. Estrecharon mucho a Saint-Cyr y a otros jefes del ejército francés para que, reconociendo, como debían reconocer a Romeu por un prisionero de guerra, se le tratara como a otro de los muchos que sufrían esta suerte, sin exigirle actos que no estaban en uso. Suchet que hasta aquel instante había hecho, por medio de sus emisarios, el papel de un verdadero interesado en la conservación de Romeu por sus fines particulares, viendo que ahora imploraban su poder, mudó la escena, y con gestos y aire de dispensador de gracias decidió: «Que si Don José Romeu declaraba que había sido seducido para tomar las armas, y que estaba pronto a reconocer con juramento por rey suyo a José primero, lo consideraría entonces como prisionero de guerra, y que de no hacerlo así iría a morir en un patíbulo afrentoso, como lo tenía resuelto de una manera irrevocable.»

Los Sres. Morales y Pesadilla manifestaron a Romeu por escrito todo cuanto habían practicado, y que no le quedaba otro remedio más que hacer lo que había resuelto el mariscal, si quería vivir para sí y para una esposa y unos hijos cuyo desamparo sería espantoso, y en el que no podrían ser consolados; y en fin, le instruyeron de lo que debía declarar. Fácilmente se prestó Mr. Gabilan a ser el conductor de esta carta; pues, sin saberlo Morales y Posadilla, era el mensajero autorizado por Saint-Cyr y Mazzuchelli para catequizar a Romeu. Este respondió lo que era de esperar del más heroico patriota; y acabó su carta diciendo: «Que prefería morir antes que reconocer otro rey que a su legítimo e idolatrado rey Fernando VII.» Sus amigos insistieron en convencerle, porque temían por su vida si no se sometía a lo resuelto por el mariscal. Pero Romeu, escogiendo la muerte por más dulce y honrosa que la vida del perjurio, contestó, entre otras cosas que patentizan la grandeza de su alma y su noble y singular heroísmo: «que él no era español sólo en el nombre, sino un español que desprecia la vida siempre que sus primeros deberes lo exigían, como en aquel caso; que no quería vivir para ver tantas calamidades como afligían a su infeliz patria; que su corazón había pagado el tributo debido al amor inexplicable

que tenía a su idolatrada esposa y adorados niños; pero que el rey y la patria serian su padre y todo su amparo; y que ningún miedo tenía al cadalso que decía Suchet tenerle ya preparado si no juraba a su José I; pues mil vidas que tuviera, las perderla gustosísimo por su religión, por su rey y por su patria, a quienes estaban asesinando sin piedad unos cobardes...».

Decisión tan heroica y constante enmudeció a los señores Morales y Posadilla, que luchaban con la amistad de este ilustre prisionero y el furor de los orgullosos franceses. Rindió Romea su declaración conforme a sus nobles sentimientos, asegurando que había tomado las armas en defensa de la justa causa que sostenía su nación, y peleado con las tropas francesas con este fin; pero que su mando era militar bajo las órdenes del general Bassecourt; y se esforzó por librar con sagaces excusas las vidas de los soldados que arriba indiqué. En esto mismo se ratificó cuando fue conducido a presencia de la comisión militar la tarde del 11 del mismo mes. Contra las esperanzas de Saint-Cyr y Mazzuchelli, se verificó esta solemne ratificación; pues habían asegurado a Morales y Pesadilla, que cuando Romeu compareciera ante el consejo de guerra mudaría de opinión, viendo que era llegado el caso de escoger en aquel momento, o la muerte o la vida; añadiendo Mazzuchelli, que Romeu no podría menos de ceder a las reflexiones que entonces le haría. Al oír pues, Mazzuchelli que Romeu se ratificaba en su primera declaración, le dijo con suavidad: «que se tranquilizase, que aquel ardor expresado con tanta firmeza era efecto del ciego fanatismo con que creía acertar errando; que un rey había de mandarle, y que su corazón debía sin duda preterir al que «legítimamente estaba ya sentada en el trono de las Españas; que era inútil todo sacrificio por D. Fernando de Borbón, pues ya no volvería a reinar; que toda la nación se iba gustosamente sometiendo a un rey todo paz y todo amor para los españoles; que el bienestar de su esposa y de sus hijos era la verdadera patria de un hombre de su sensatez y de su rango, pues todo lo demás que se dice de la patria son imágenes poéticas; y en fin, que por amor a sí mismo y a su delicada familia, y libre de las ofuscaciones del entusiasmo, se retractara de su declaración; pues de hacerlo así, acreditaría su noble modo de pensar, y se haría acreedor a todas las gracias que el celeberrimo mariscal estaba dispuesto a concederle, si, retractándose de su declaración, confesaba que fue seducido para tomar las armas contra los defensores del trono de S. M.; y sí, abjurando en el acto sus pasados errores, se sometía de una manera legal y solemne al paternal gobierno de su legítimo rey el Sr. D. José I.» En estas mismas reflexiones abundaron los vocales Totti y Poulin, y concluyendo Mazzuchelli, «que esperaba que convencido del interés que animaba a la comisión se retractaría de su anterior declaración...» «No señor, dijo Romeu: yo he tomado las armas en defensa de mi nación y de

mi rey...» Iba Romeu a continuar, y fuera de sí Mazzuchelli lo interrumpió con estas palabras: «Fernando VII lo libraré a usted de la horca...\* «Bien, le repuso Romeu;»yo perdería mil vidas, si las tuviese, en defensa de la justísima causa que he seguido.»—«Pues nombre usted defensor,» dijo colérico Mazzuchelli.» Y Romeu, sosegado y sonriéndose, le contestó:—«Cualquiera es bueno».

Concluyó el abogado su defensa, y Romeu habló por espacio de más de un cuarto de hora con aquel espíritu, con aquella fuerza que inspiraban las grandes pasiones a las almas de cierto temple. Con desembarazo, pero con un convencimiento irresistible, probó: que se le debía tratar como prisionero de guerra; que era un verdadero militar que prestaba sus servicios a las órdenes del general Bassecourt; que su conducta la había arreglado en un todo a las leyes militares siempre que habían caído en sus manos jefes y soldados del ejército francés; pero que en el caso de una inconcebible ojeriza, indigna de militares que quisieran aparecer generosos, se le condenara a ser fusilado, si era preciso morir. Esta última cláusula de «si era preciso morir,» sugirió a Romeu tantas y tan entusiasmadoras imágenes, que los concurrentes se enternecieron, mayormente cuando expresó arrebatado la dulzura que sentía en morir, sí por el amor que tenía a su rey y a su querida patria se decretaba su muerte; pero que en este caso, de suma gloria para él, la comisión atraería sobre sí una maldición eterna, si, obcecada por las pasiones, despreciaba las leyes de la guerra, siempre veneradas aun por las naciones más bárbaras, y enlutaba una esposa y unos hijos, abismándolos en la desventura, sólo porque su víctima estaba dotada de valor y de honradez para morir primero que someterse a pretensiones odiosas e indignas de encontrar acogida en su pecho. Dicho esto, enseguida lo condujo la escolta, no a la ciudad de la de donde lo había sacado, sino a las cárceles de San Narciso, encerrándolo en uno de sus más lóbregos calabozos.

No atreviéndose, pues, la comisión a fallar la muerte de un militar, que bajo todos aspectos debía considerarse por un prisionero de guerra, y decidida por otra parte a preservar del sacrificio a un joven que con sus nobles cualidades había ganado la voluntad de todos sus miembros, acordó por unanimidad de votos elevar a noticia del mariscal los fundamentos que le impedían el fallo de aquella causa con respecto a D. José Romeu, mediante a que, habiéndola profundamente examinado, se le presentaba fuera del círculo criminal, y muy principalmente porque bajo de todas sus relaciones aparecía ser un verdadero militar, a quien, en el sentir unánime de la comisión, debía considerársele prisionero de guerra, dejando por tanto su resolución al poder y a la clemencia de S. E.

De este dictamen, protector de la justicia, se dio cuenta al mariscal aquella misma noche, y en la hora, por desgracia, en que acababa de comer aquel Heliogábalo, casi del todo turbado con los vapores del vino. Lee, no obstante, el dictamen justísimo de la comisión militar, y pregunta: «Si Romeu se había retractado en fin de su primera declaración, y si se había sometido al gobierno de S. M...» Y habiéndole contestado el relator fiscal «que no,» dijo entonces Suchet furibundo: «pues tampoco se retracta el mariscal del imperio;» y tomando la pluma, escribió al pie de la consulta: «D. José Romeu morirá precisamente ahorcado dentro de doce horas, y sus bienes sean prontamente confiscados.».

Eran las diez de la noche, y en aquella misma hora se ordenó todo con aquel tropel propio de franceses, para ir a notificar a Romeu la sentencia del tirano. Aquel varón virtuoso, según me contó después el capuchino que le asistió, estaba hondamente pensativo sobre los trabajos de su esposa y sus hijos, que, sin saber nada de su situación, estarían en aquellos instantes dormidos tal vez a cielo raso o en alguna cueva de los montes; cuando de repente rechinan los cerrojos del calabozo, y de aquellos suaves pensamientos con que dulcemente estaba entretenido, pasó a oír en la capilla la cruel sentencia de su muerte en horca dentro de doce horas. La oyó con aquella serenidad y fortaleza de ánimo que lo caracterizaban, y que admiraron los circunstantes por un prodigio de valor; y mirando al sacerdote destinado para su asistencia espiritual, lo saludó afable, y volvió la espalda a los mensajeros de la infame tiranía.

Romeu no había aún cumplido treinta y tres años, y su juventud, la gallardía de su presencia y el amor de familia, todo le hacía amar la vida... ¡y todo, sin embargo, lo sacrificaba por la patria!

Romeu, piadoso siempre, destinó el resto de esta noche terrible al cumplimiento de los deberes que le imponía una religión a quien tanto amaba, y cuyas santas delicias le comunicaron aquel grado de fuerza que ni la reflexión, ni el entusiasmo de los héroes que nos pinta la historia, jamás pudieron por tales medios conseguir. Fortalecido con sus celestiales socorros, se dejó ver con las singulares prendas, con toda la grandeza de su alma. Anchuroso campo ofreció a los historiadores la constancia de Terámenes para contar al mundo la osadía con que, rodeado de treinta tiranos, brindó con el veneno al que reputaba por más enemigo suyo. Como de un milagro de fortaleza se habla del ánimo de Sócrates, que ni mientras vivió, ni en la hora de la muerte se le vio demudado el color. Pero ¿qué valen estos ejemplos, sí los comparamos con la serenidad y constancia de Romeu, a quien no pudo separar del amor a su patria ni aun la idea horrorosamente

cruel, no de beber un vaso de cicuta, sino de espirar en una horca, y cual si fuese un malhechor?... Todo el tiempo que estuvo en capilla lo pasó hablando de la gloriosa causa que España sostenía; pero con tal patriotismo y tanto celo, que con dificultad se hallará otro que le iguale: su confianza de que con el tiempo quedaría su querida patria libre de enemigos era tanta, que parecía que estaba ya cierto de sus victorias; y su alegría, considerándose víctima destinada al sacrificio en honor de su amada nación, no puede en manera alguna explicarse. ¿Ni quién podrá tampoco contar la tierna efusión del alma sensible de Romeu, cuando se interesaba con este respetable sacerdote para que comunicase su último adiós a su esposa y a cada uno de sus tres niños en particular, y que le manifestara el terrible dolor que despedazaba su corazón al ver que no podía instruirla por escrito de sus intereses, mediante a que, estando mandada la confiscación de todos sus bienes, no le permitían los medios ni de testar, ni de formar una sucinta apuntación de cosas considerables, y lo que es más, ni aun para escribirle dos líneas, como varias veces lo suplicó con las mayores instancias?...

Romeu luchaba magnánimo en la capilla con esta clase de amarguras, mientras que de orden del tirano se anunciaba por el presidente de la comisión militar, en grandes carteles fijados en las esquinas de las calles, la inicua sentencia que iba a ser ejecutada. Entonces volaron los señores Morales y Posadillas, unidos a otros amigos de los más distinguidos de Valencia, a poner en acción los últimos esfuerzos de su amistad, apurando todos los medios imaginables para que Suchet usara con Romeu de una gracia igual a la que, por interposición del Excmo. Sr. Arzobispo Company, había concedido en 21 de Marzo último a Ramón Gil, estando ya sentenciado a muerte. Aquellos dos señores, acompañados de los generales Saïnt-Cyr y Mazzuchelli, le suplicaron por la vida de Romeu con energía y vivísimo interés. Suchet accedió a sus instancias; «pero con la precisa condición de que, ante todas cosas, había Romeu de retractarse de su declaración y reconocer bajo del más solemne juramento por rey legítimo suyo al rey de las Españas D. José I; y que de no hacerlo así, se ejecutase prontamente lo que tenía decretado:» y mandó a Mr. Poulin, comandante del 16, que sin detenerse pasara a la capilla a enterar a Romeu de esta superior disposición; es decir, de que lo ponía en el tremendo caso de elegir por sí mismo la muerte o la vida.

Fácil es conocer cuál habría sido en esta alternativa la elección de los cobardes, de los que sólo viven de acuerdo con sus pasiones; de aquellos para quienes la religión no es más que una fábula, una vana política las obligaciones que los ligan a su rey, y una ficción de los poetas el amor a la patria. Toda esta gran turba de insensatos, que traidores despedazaban

las entrañas de la afligidísima España, hubiera con indecible alborozo elegido la vida, sin reparar en ningún género de envilecimiento, Pero Romeu, cual otro Eleázaro, que por no hacer contra su ley ciertas ceremonias que Antiocho le mandó, quiso morir por no hacerlas ni aun fingidamente, como le aconsejaban sus amigos para que aquel rey cruel no le quitase la vida, eligirá primero la muerte con todos los horrores de la horca que abrazar el partido de los enemigos de su religión, de su rey y de su patria; ni usará tampoco de una criminal simulación para aplacar la saña del tirano Suchet. No escandalizará Romeu con debilidades de espíritu a los valientes en cuyos pechos encendió el fuego de amor a la independencia nacional, no; antes bien dejará como en legado a todos sus compatriotas el ejemplo de su heroísmo, de aquel heroísmo de que nunca hubo ni jamás habrá muchas copias.

Serían las once de la mañana cuando Mr. Poulin se presentó en la capilla. Principió a insinuar a Romeu su sentimiento, aunque debía imputarse a sí mismo su desgracia por su obstinación en no prestarse a lo que de él exigía el mariscal; que, sin embargo, S. E., lleno de humanidad, estaba pronto a darle pruebas, no sólo de su poder salvándole la vida, sino también de una generosa protección, como lo había asegurado con su palabra de honor a varias personas respetables que se interesaban por él; «pero con la precisa condición de que se retractara de su declaración, y reconociera con juramento por su legítimo rey a José I, pues ni Fernando VII ni ninguno de los Borbones volvería a reinar en España... Eso es, le dijo Romeu, lo mismo que me han dicho de parte del general de V. varios paisanos y algunos militares de su ejército; y sé por ellos el fin a que aspira. Mas yo he tomado las armas en defensa de mí nación y de mi rey, y perdería mil vidas si las tuviese en defensa de Fernando VII y de la justísima causa que he seguido: que es la respuesta que he dado a todos, y lo mismo que manifesté públicamente al consejo, del cual, si no me engaño, es V. vocal.» Poulin le hizo entonces varias y persuasivas reflexiones, y concluyó diciéndole: «que tuviese presente la suerte de su esposa y sus hijos.—«Mi esposa y mis hijos,—le contestó Romeu,—tienen»padre, pues tienen al rey Fernando, que muy pronto será rescatado del cautiverio, y tienen a todos los buenos españoles, que nunca los dejarán desamparados.»—«Lo que exige de V. el mariscal,—continuó Poulin,—puede V. hacerlo, aun cuando en su interior sienta lo contrario; pues de no hacerlo así, va usted a morir dentro de muy breves momentos en un patíbulo afrentoso.» Al oír esto Romeu, le dijo en alta voz: «No mentirá Romeu... Romeu no sabe fingir... Mil veces moriré antes que ser traidor a mi querida patria;»... y desechó a Poulin con tanta indignación, y se exasperó de tal manera, que su confesor hubo de mediar para tranquilizarlo.

Mr. Poulin salió de la capilla admirado de tan singular decisión; y después de contarle todo con las mismas palabras que he referido a los amigos de Romeu, que impacientes lo esperaban, se dirigió a darle parte al mariscal de la resolución del prisionero. Poulin enteró a Suchet de cuanto le había respondido Romeu, y le manifestó que era vana toda tentativa para atraer a aquel español; que terminantemente le había asegurado quería más bien morir que ser infiel a su religión, a su rey y a su amada patria. «Pues muera prontamente,» dijo Suchet enfurecido; y sin demora se dispuso todo para conducir a Romeu al cadalso, que muy de mañana estaba ya levantado en la plaza pública. Mandó poner sobre las armas toda la guarnición, y ordenó que fuese crecido el número de las tropas que lo habían de escoltar, las cuales inmediatamente marcharon a sacarle de la capilla.

El sol estaba en la mitad de su carrera, cuando el héroe Romeu salió de las cárceles de San Narciso, custodiado por la turba numerosa de verdugos que se apoderaron de este hijo predilecto de la patria. Erguida la frente, ostentaba la hermosura de su fisonomía, modestamente realizada con una serenidad admirable, que por sí misma publicaba la grandeza de su alma; y con pasos firmes y majestuosos se encamina al lugar del sacrificio. Los buenos, escondidos en sus casas y cerradas las puertas, lloraban afligidos aquella víctima, ilustre por su constancia, por su nacimiento, y mucho más ilustre en defender la justa causa. Hasta los mismos franceses dieron señales de dolor, convencidos de que la saña de un monstruo inmolaba aquella vida preciosa contra las leyes de la guerra. Sólo Suchet permanecía implacable sostenedor de su crueldad; pero sólo Romeu se mostraba a Valencia, a España, a todo el universo, digno de sí mismo, inmortalizando su nombre con su heroico amor a la patria. El héroe entra, en fin, en la plaza donde estaba levantado el patíbulo, y alzando los ojos, lo mira, y exclamó: «¡Oh patíbulo ignominioso... hoy va Romeu a honrarte con su sangre!...» Acelera entonces el paso, llega a él, separa, y abrazando al sacerdote, le dice: «Este es el último cariño que envía mi corazón a mi esposa y a mis hijos... no olvide usted darles este abrazo mío a cada uno de ellos;» y sube en seguida sereno a lo alto del cadalso. Mas... ¡cómo expresar, cómo concebir la tranquila majestad con que se dejó ver Romeu!... No hay quien pueda hacer un vivo retrato de este héroe triunfante de su tirano en los brazos de la muerte. Como suelen contrastar el brillo de las estrellas con las tinieblas de la noche, así la paz y la calma de este varón fuerte formaban contraposición con el espanto que aquellos tétricos momentos infunden a los espíritus vulgares. Su alma ostentaba la excelsa pompa de la inocencia. Sobre las sombras de la muerte levantaba su cabeza coronada de los resplandores de sus virtudes, y aun a vista de las mortales angustias en que iba a hundirse, su semblante arrojaba rayos de puro gozo, y en sus ojos

relucía la luz de la gloria. Con voz clara y esforzada, con breves palabras llenas de fuego, se despide de sus paisanos, y los anima a que tengan constancia en la defensa de la patria, por cuyo amor él moría gustoso... dijo; y clavando sus ojos en el cielo, se precipita de lo alto del patíbulo, y los dogales juntaron su vida con la muerte... Su alma voló a la mansión de los héroes cristianos para recibir el premio prometido a su heroísmo: y su cadáver, y la sangre que de él caía, enseñaban con el silencio más solemne y expresivo los caracteres y los quilates del verdadero amor a la religión, al rey y a la patria.

¡Alma pura! ¡Héroe inmortal Romeu! La patria perdió en ti un firme apoyo... un hijo esclarecido. La patria bendice tu memoria. Tu vida y tu muerte son un libro abierto, en que el hombre de bien encuentra modelos de virtudes que imitar y motivo de dulces consolaciones, y donde el traidor lee su confusión y su vergüenza.

Aquel día fue día de consternación y luto para Valencia. Todos los buenos españoles lloraron su muerte, que veloz divulgó por todas partes la fama, y la comisión de gobierno expresó su profundo sentimiento en los términos siguientes:

D. Antonio Buch, secretario de la junta superior provincial del reino de Valencia, etc., etc.—Certifico: Que en el libro de actas de la extinguida comisión de gobierno que está a mi cargo, en la celebrada el día 16 de Junio de 1812 por la noche se halla un acuerdo del tenor siguiente:

«Proposición hecha por el Sr. Canga: La muerte infame de horca que acaban de dar los franceses al comandante de guerrillas D. José Romeu, excita el odio de los patriotas, clama la venganza, y pone a V. E. en la necesidad de tomarla de un modo ruidoso, que imponiendo al sanguinario Suchet embote los filos de los puñales en los bárbaros asesinos de que se compone su ejército.—Así, que propongo a V. E.: lo primero, que el nombre de Romeu sea inscrito en el gran libro de los defensores de la patria, remitiendo, si se pudiese, a su viuda certificación del acta; segundo, que se debe recomendar a S. M. esta honrada y distinguida familia para que la dispense todas las gracias a que se hace acreedora por el heroísmo de su padre; tercero, que el nombre de Romeu se escriba con letras de oro en el salón de juntas; cuarto, que se pidan dos oficiales de graduación de los prisioneros franceses de Cabrera, los cuales sean ahorcados, haciéndoles antes pasar por la angustia de si han de ser arcabuceados o ahorcados, en represalia de la pena que hicieron pasar a Romeu sobre la suerte de su muerte; y quinto, que se escriba a Suchet que este es un ensayo de lo que estamos

resueltos a ejecutar, si no modera sus decretos de desolación, enseñándole a su costa cuan caramente se vierte la sangre de los españoles que saben defender su religión y derechos.—Si V. E se muestra pasivo en estas circunstancias, no corresponde a los deseos de los ciudadanos ni a las inatenciones del Gobierno.—El Sr. Tuper añadió a la proposición: Que reconquistada Valencia, se ponga un monumento en el mismo paraje del patíbulo, para honrar la memoria de este mártir de la patria, y destruir la impresión odiosa que haya hecho contra su familia.—El Sr. Romero Alpuente accedió a la proposición, añadiendo: Que se pidan dos prisioneros de los de mayor graduación al señor comandante general del reino, y que se imprima y publique este acuerdo, menos en la parte que se trata de pasar oficio al general en jefe; y en cuanto a ahorcar uno o dos oficiales, que se esté a lo acordado.—Los demás señores fueron de esta misma opinión, y el Sr. Roca añadió, que en la parte de represalias sólo se contase con los jefes militares, pues a ellos les pertenece el defendernos y el vengarnos, y que en lo demás quedaban expeditas las facultades.—El Sr. Borunda: Que se pida al señor comandante general que cuantos prisioneros hagan las guerrillas, que se ahorquen inmediatamente.

Y para que conste a la interesada donde convenga, doy la presente a petición suya y de orden de S. E. la Junta superior provincial, en Valencia a 23 de Agosto de 1813.—V.ºB.º Mateo Valdemoros, presidente.—Antonio Buch, secretario.

\*\*\*\*\*

